

Serie 4. Año I. Números 14 y 15

LECTURA AMENA

Director, LUIS CANO.

CONTENIDO

Monos de cigarrillo. S. Restrepo.. 273
Croquis, Guillermo Valencia...... 276
La esfinge, José de Roure.......... 277
El derviche, Teodoro Llorente.... 282
Prendas de oro, José Montoya... 283
Algunas consideraciones sobre la literatura de hoy, G. Martínez Sierra.... 286
El muezín, Amado Nervo....... 289
Las cigüeñas, íd. 289
La última clase, Alfonso Daudet. 289
Penumbra, Abel Marín........ .. 293
.... íd. 293
Desde el huevo, R. Montoya Pérez. 294
Explicación, R. Blanco Fombona. 295
Plumazos, Ab. Farina............ 296
Sursum, Victoriano Vélez........ 297
Rubí, Iván Riche 297
Hojas secas, Ricardo Nieto 300
¿.... Y Daudet?, Alphonse Allais 301
Crepúsculos, Antonio J. Cano.... 303
Discurso, Alfonso Castro......... 304
El jaguar, Laurentino Canal..... 307
Los vencidos, F. Rodríguez Moya 309
Melancolía, Leopoldo Díaz....... 318
Juegos Florales en Medellín, B. Tejada Córdoba 318

MEDELLIN

IMPRENTA DE "EL ESPECTADOR"

1905

REPUBLICA DE COLOMBIA.—DEPARTAMENTO DE ANTIOQUIA

LECTURA AMENA

REVISTA DE LITERATURA

Año I | Medellín, 1.º de Mayo de 1905. | Nos 14 y 15

MONOS DE CIGARRILLO

La hoja de un helecho fosilizado, sin vigor ni vida, representa para un geólogo todo un período de la historia primordial de nuestro globo. La molar de un animal, muerto hacía siglos, bastó para que un naturalista reconstruyera teóricamente toda una fauna extinguida. Un verso anónimo, un dato de indumentaria, un pedazo de piedra ó de ladrillo, evoca en el espíritu de los historiadores, toda una sociedad pasada. Pero donde ese fenómeno de coordinación mental llega á su expresión más alta, es cuando cae en nuestras manos un documento de actualidad inmediata, cualquier pequeño *fósil* de aquellos que resumen en su aparente insignificancia la situación moral, material é intelectual de un pueblo.

Hé aquí que una casa importadora de cigarrillos introduce retratos de personajes en algunas de las cajetillas que da en venta—una pequeña lámina que representa sea un estadista ó un militar; ya un abogado, ya un orador ó un escritor, un hombre público y notorio, en suma. Nada tiene de censurable semejante práctica. Se fomenta la industria del grabado en Alemania ó en el Celeste Imperio, ó dondequiera que se haga la impresión de los retratos. Se da pábulo nuevo y considerable á las actividades de los niños, que coleccionan esos retratos y ensayan en ventas y permutas de ellos sus precoces habilidades comerciales. Sabe Dios cuántos otros beneficios, directos ó indirectos, resulten de aquella operación para los asociados—para estos encantadores asociados que distraemos el tiempo quemando cigarrillos en la atmósfera de Colombia. [*] Por otro lado ¡cuántas reflexiones sugiere á los entendimientos generalizadores cada uno de esos *monos* célebres! No sólo por lo que es ó por lo que representa en sí mismo, con su *celebridad* correspondiente, sino por todo lo que evoca de recuerdos, por

[*] En el tiempo trascurrido desde que fueron publicadas estas líneas por primera vez, ha ocurrido un incidente que presta cierto *valor* á lo escrito. En Noviembre de 1903, poco después de los sucesos del 3 de dicho mes, habiendo regresado á los Estados Unidos el Vice-Almirante Walker, que se hallaba en Panamá al tiempo de dichos sucesos, fué interrogado por un periodista respecto de lo hecho con Colombia. "¿Y qué cree usted que harán los colombianos?" le preguntó el periodista — "¡Los colombianos, dijo el Vice-Almirante: fumar cigarrillos y hablar!" *Smoke cigarettes and talk.*

todo lo que evoca—sobre todo—de rasgos palpitantes, inmediatos, de nuestra faz como pueblo.

El editor responsable de todos estos personajes, ha echado sobre sus hombros la grave tarea de clasificarlos y rotularlos á todos. Cada imagen que encontramos al abrir la cajetilla, se presenta con su título respectivo, que justifica, ó pretende justificar, los honores de la publicidad del beneficiado.

El estilo de aquellas patentes de grandeza, es así, más ó menos: D. Fulano, ínclito General colombiano; D. Zutano, perínclito General colombiano; D. Mengano, ultraperínclito General colombiano ...Me recuerdan la Química: "los que tienen menos azufre, son sulfuros: los que tienen más azufre, son bisulfuros; los que tienen aún más, son trisulfuros; los que tienen mucho, pero muchísimo azufre, son polisulfuros." Oh! cuánto azufre tienen estos generales de nuestro país, me digo..Hagamos caso omiso del título de "estratégico general" que se le concede á alguno de los agraciados. Nadie tiene obligación de conocer con exactitud el sentido de las palabras que emplea. Acaso más de uno de los que se han merecido ese título, haya corrido al espejo, al enterarse de su calificativo, para estar bien seguro de que sí es tan estratégico como se lo han dicho. No me sorprendería que así fuera.... De cuando en cuando se tropieza, entre aquellos retratos, con el de un Murillo Toro, último de los estadistas; con el de un Santiago Pérez, último de los pensadores; con el de un Robles, último de los tribunos. ¿De dónde vienen, qué hacen esos simples seres humanos en unión con aquellos semidioses?....

¿Habrá quién piense, tal vez, que me hace fruncir el ceño la actitud cruelmente irónica ó vilmente lisonjera que adopta ante nuestros hombres públicos el inventor de esos rótulos? Absolutamente. He leído necrologías y adhesiones y manifiestos en número suficiente para que pueda causarme cólera ó admiración, abuso alguno, por monstruoso y ridículo que sea, del adjetivo. Emiro Kastos gustaba de repetir que la palabra se había inventado para engañar á los hombres. Lo que produce vértigo, lo que subleva el espíritu, es el paisaje de idiotismo y de miseria que presupone esta exhibición de hombres públicos, esta profunda satisfacción con que, tácitamente, se nos invita á enorgullecernos de nuestros prohombres, de nuestros jefes, de nuestros oráculos y de nuestros caudillos; de todos los que han encabezado nuestra peregrinación hacia este lazareto moral en que se pudre nuestro pueblo. Detrás de esas viñetas de cigarrillos, hay toda una literatura de periódicos, hojas sueltas, y libros, y folletos, y discursos con infinitas variaciones sobre idéntico tema de admiración hiperbólica y adulación servil, cínica.

Se ha aspirado entre nosotros, como en todas partes, donde los hombres son hombres, al prestigio, y á la gloria, y al poder, y á la grandeza. Pero ninguna de esas cosas se conquista fácilmente. A unos pocos, entre los más selectos, concede la naturaleza, con mano bien avara, los dones del talento, de la energía, del valor y de la audacia. Y es necesario, todavía, que quienes han recibido aquellos dones, los cultiven y eduquen, con esfuerzo doloroso y prolongado, para merrece

el triunfo. ¿Y quién ha hecho entre nosotros semejantes esfuerzos, quién es el que ha recibido en realidad esos dones? No se le ve en parte alguna. En cambio, faltos de la noción de nuestra propia deficiencia, suplimos con el *tapage* á la fama; y después de ejecutar, para asombro de los imbéciles, unas pocas payasadas en la plaza pública, esperamos á que el tiempo nos ponga debajo de los pies los escalones de la gloria.

Sé muy bien que se trata, en esos muñecos, de más de uno á quien podría llamar un "copartidario" mío. Parece que es tan inevitable tener "copartidarios" como tener congéneres. Nada importa. El vínculo que me une con los más de esos "copartidarios" es el de la comunidad de odios; y si ellos son pequeños y necios y vacíos, si han estafado la confianza ó la ceguedad de su partido, escalando alturas á las que no tenían derecho, si su carrera pública es una sucesión de errores y de culpas y de engaños, no debe sorprender á nadie que se sometan á revisión sus títulos. Que los otros, los enemigos, se pregunten: "Si del árbol caído hacen leña, con qué furor no se volverán contra nosotros, tan erguidos y pomposos, como espléndidas coles, en el huerto de las miserias humanas".... Yo espero que habrá pronto un industrial, un fabricante de velas ó de jabón, ó de betún económico, ó de purgantes para bestias, que emprenda la *réclame* de sus artículos con una edición corregida y aumentada de personajes conservadores, activos y pasivos, mayúsculos y minúsculos, flotantes y sumergidos. Entonces estará la galería completa....y no habrá nadie allí, absolutamente.

En el carro de triunfo, al lado del vencedor, ponían los romanos un esclavo, con el encargo de decir á éste, al oído, mientras duraba el desfile al Capitolio: "Acuérdate de que no eres más que un hombre". A estos vencedores, á estos héroes, es necesario repetirles enérgicamente, en su tránsito glorioso, camino de la posteridad: "acordaos de que no sois ni hombres siquiera".

Porque, vamos á cuentas: ¿Qué han hecho para merecer esta magnificencia de epítetos los grandes colombianos?

"Yo he afrontado la muerte en los campos de batalla", me contestan los más, frunciendo el ceño y haciendo resonar la espada. No me conformo. El hombre que limpia los desagües cuando se han obstruído, también ha afrontado la muerte, la muerte por asfixia, por infección microbiana, por lo que ustedes quieran. En buena lógica, en la lógica mejor de lo que parece, debería publicarse su retrato: "Tobías Quiceno, albañil colombiano; intrépido purificador de cloacas". Bien visto, afrontamos la muerte cada día, á cada instante, en cada vaso de agua, en cada bocado de pan. El fruto del heroísmo es lo que da la dignidad al heroísmo. Y el fruto del heroísmo colombiano, como el fruto del talento colombiano, y de todas las virtudes colombianas, lo recoge.... el grabador chino ó francés á quien toca imprimir la galería de retratos.

Pero siguen desfilando las viñetas, y seguirán sin término. Capitanes, doctores, bachilleres, licenciados; casacas bordadas, charreteras, togas....el "culto de los héroes"—estéril, vano en sí—degradado al nivel de una superstición nauseabunda. En vez de la grandeza, la

hipérbole; en vez de los hechos silenciosos y eficaces, las palabras pretenciosas y vacías Un pueblo de gaznápiros puesto de rodillas ante un Olimpo de papagayos y de grajos en disfraz de pavos reales. ¿Qué tiene, entonces, nuestra desgracia de inmerecido ó de inexplicable? Hace como un cuarto de siglo que rigen nuestros destinos los monos de cigarrillo.

S. RESTREPO

(De *El Comercio*.)

CROQUIS

Bajo el puente y al pie de la torcida
y angosta callejuela del suburbio,
como un reptil en busca de guarida,
pasa el arroyo turbio . . . .
Mansamente
bajo el arco de recia contextura
que el tiempo afelpa de verdosa lama
sus ondas grises la corriente apura,
y en el borde los ásperos zarzales
prenden sus redes móviles
al canto de los yertos peñascales.

Al rayar de un crepúsculo, el mendigo
que era un loco tal vez, quizá un poeta,
bajo el candil de amarillenta lumbre
que iluminaba su guarida escueta,
lloró mucho . . . .
Con honda pesadumbre
corrió al abismo, se lanzó del puente,
cruzó como un relámpago la altura,
y entre las piedras de la sima oscura
se rompió con estrépito la frente.

Era el amanecer. En el vacío
temblaba un astro de cabeza rubia,
y con la vieja ráfaga de hastío
que despierta á los hombres en sus lechos
vagaba un viento desolado y frío;
se crispaban los frágiles helechos
de tallos cimbradores; lluvia densa
azotaba los techos:
enmudecía la ciudad inmensa!
y me dije: quién sabe
si aquellas tenues gotas de rocío,
si aquella casta lluvia
son lágrimas que vienen del vacío,

desde los ojos de la estrella rubia!

Rubia estrella doliente,
solitario testigo
de la fuga del pálido mendigo,
fuiste su ninfa ausente?
eres su novia muerta,
á los albores de otra luz despierta?
Rubia estrella, testigo
de la muerte del pálido mendigo,
cuéntame á solas su pasión secreta:
fué él acaso tu férvido poeta?
¿ en las noches doradas,
bajo el quieto follaje de algún tilo,
tus manos delicadas
le entornaron el párpado tranquilo,
mientras volaba por su faz, inquieta,
tu fértil cabellera de violeta?
Rubia estrella doliente,
solitario testigo
de la fuga del pálido mendigo....

....

Va cayendo la tarde. Soplo vago
de insólita payura
mana del fondo de la sima oscura,
el cadáver, ya frío,
se ha llevado en sus ímpetus el río.

Entre la zarza un can enflaquecido
lame con gesto de avidez suprema
el sílex negro que manchó el caído
con el raudal de sus arterias rotas;
luégo el áspero hocico relamido
frunce voraz, y con mirada aviesa,
temeroso que surja entre la gente
alguien que anhele compartir su presa,
clava los turbios ojos en el puente....

GUILLERMO VALENCIA

LA ESFINGE

Como monumento de su grandeza, para perdurable recuerdo de su memoria ó en devoción á la divinidad, el poderoso Faraón mandó construir una esfinge.

Los más hábiles operarios de Egipto trabajaron en ella; miles de esclavos acarrearon sus materiales, y lentamente fué destacando la co-

losal escultura sus líneas severas y hermosas.

Pusiéronle, en cuerpo de león, seno y rostro de mujer; y mientras el tronco de león descansaba, con sus poderosas garras extendidas, sobre el plinto, la gallarda cabeza femenina alzábase soberbia, contemplando con sus ojos sin pupila los inmensos arenales del desierto.

Años y años corrieron antes que el escultor á quien el Faraón encomendara la construcción de la esfinge diese por terminados sus trabajos. Al fin, golpeó nerviosamente con su cincel por vez postrera el seno femenino de la esfinge, y al apartarse de la escultura murmuró, tras largos instantes de meditación:

"¡Sólo una palabra podrá conmoverla!"

Alejáronse esclavos y operarios; marchó tras ellos el escultor, y al par que el sol hundía su resplandeciente disco en las lejanías de Occidente, la soledad iba cayendo á plomo en torno de la esfinge, cuya severa y majestuosa cabeza contemplaba con sus ojos sin pupila, como en una eterna interrogación, los inmensos arenales del desierto.

***

Los Faraones se sucedieron sobre el trono de Egipto, y pasaron los siglos sobre los hombres como pasan las ráfagas huracanadas sobre la planicie del desierto, llevándose en su vuelo remolinos de arena.

La esfinge, inmóvil, vió pasar los siglos y los huracanes, y prosiguió contemplando con sus ojos sin pupila la inmensa esterilidad de la desierta llanada.

Un día, el hondo silencio que reinaba en torno de la esfinge fué turbado como por rumor de tempestad vecina, y sin embargo, un sol abrasador lucía en un cielo intensamente azul sin la más leve mancha de una nube.

El fragor de la tempestad fué acercándose, y aparecieron en el horizonte masas obscuras que avanzaban lentamente sobre el haz de la tierra, y que algunas veces, heridas por los rayos del sol, relampagueaban con deslumbrador y fugitivo brillo.

Después, y ya más próximas, surgieron en ellas fugaces tonos purpúreos, y el relampagueo se hizo cada vez más intenso y más constante, al par que el sordo ruido como de tempestad iba rompiendo en mil y mil agudos sones de toques de clarines y gritos humanos.

Estalló al fin en la muchedumbre que avanzaba, cubriendo toda la extensión de la tierra, una orgía de colores y un chisporroteo de reverberaciones luminosas, y el gran ejército del poderoso rey, vencedor de cien reyes, se desbordó ante la esfinge, estremeciendo el aire con sus mil rumores de canciones guerreras, de crujidos de carros, de tintineo de armas, de imprecaciones y de lamentos humanos.

El rey mandó que el ejército se detuviera y acampara, y la tienda real se alzó al pie mismo de la esfinge.

Tornaba vencedor de cuantos reyes había encontrado sobre la tierra, y sus carros estaban atestados de alhajas, arrebatadas en palacios y templos. Seguíale un escuadrón de príncipes sometidos, y los esclavos de los diferentes pueblos sujetos á su yugo formaban inmensos re-

baños.

Sus generales eran más poderosos que los reyes, y él igualaba á los dioses.

Había conocido todos los placeres y contemplado todos los dolores. La voz de los hombres no tenía para sus oídos más entonación que la súplica. Le proclamaban dios en todas las lenguas, y se postraban ante él todos los cuerpos. Las alabanzas de su poder formaban estruendo en el aire. El rey, á la puerta de la tienda, contempló la inmóvil esfinge y pasó por su espíritu el recuerdo de las frases del escultor, sostenidas de generación en generación en la memoria de los hombres:

"¡Sólo una palabra podrá conmoverla!"

Resplandeció, como siempre solía, en sus ojos la luz de la victoria, é hizo que se adelantaran humildemente los príncipes vencidos y apresados.

Detrás de ellos mandó colocar los carros colmados del botín más precioso que pudo soñar la codicia humana, y detrás de los carros las inmensas falanges de prisioneros procedentes de todos los pueblos sojuzgados, que eran todos los pueblos conocidos.

Tendió después su brillante ejército como custodio de tanta riqueza y freno de tantas vidas esclavas, y, seguido por sus generales, se adelantó hacia la esfinge.

Lentamente comenzó á subir por las escalas de seda que sus capitanes adosaron al tronco de la escultura, y próximo ya á la cabeza femenina del monstruo, dirigió una mirada triunfal al fruto de sus victorias y á las líneas de su ejército vencedor, y con acento vibrante y enérgico pronunció la palabra

¡GLORIA!

La esfinge continuó inmóvil, contemplando con sus ojos sin pupila las lejanas lindes del desierto.

Un estremecimiento de ira agitó el cuerpo del rey é hizo relampaguear su armadura de oro. ¿No era aquélla la palabra de la esfinge? ¿Hay frase más hermosa en el lenguaje humano? ¿Puede otra alguna conmover las entrañas de piedra del monstruo de cuerpo de león y cabeza de mujer?

Vencido por vez primera descendió el rey de la escultura, y una profunda tristeza se extendió por su rostro.

¿De qué le aprovechaba haber vencido cien reyes y sujetado á su yugo cien pueblos, si la palabra "gloria", única que á él le hacía estremecer, dejaba inmóvil é indiferente á la colosal esfinge?

Huyendo de su derrota mandó el rey levantar las tiendas, y vió con tristeza desfilar todo el aparato de su poder, todo el testimonio de su gloria.

Poco después, seguido de sus generales, abandonó también el campo de su vencimiento, y al alejarse llevaba lágrimas en los ojos.

Llanto de dolor ó llanto de ira, aquéllas fueron las primeras lágrimas que conocieron sus párpados.

Y cuando desapareció en el horizonte el último resto de la pompa de aquel rey vencedor de reyes, la esfinge prosiguió inmóvil contem-

plando los inmensos arenales del desierto.

***

Corrieron de nuevo los siglos, y un día de primavera llegó cerca de la esfinge un hermoso mancebo con la cabeza coronada de flores. Venía de las frondosas márgenes del Nilo, é iba en peregrinación por la tierra, sin más deseo que el de amar y ser amado.

Componía dulces canciones, deliciosos versos, que repetían todas las voces juveniles de cuantos amantes se detenían á escucharle.

Como si en su boca anidara un ruiseñor, los acentos que de ella salían eran los más dulces de oír y los más gratos al corazón, y á su misterioso influjo estremecíanse las muchachas, sintiendo en torno suyo como el aleteo de una divinidad.

Detúvose el poeta frente á la esfinge, y resonaron en su memoria las proféticas frases del escultor:

"¡Sólo una palabra podrá conmoverla!"

Largo tiempo permaneció mirando la escultura con la mente llena de ensueños y el ritmo del corazón apresurado. Trepó al fin sobre el plinto, y poco á poco fué ganando las alturas del tronco del león.

Emparejada ya su cabeza, coronada de flores, con la cabeza femenina de la escultura, aproximó su boca al oído de la esfinge, y murmuró dulcemente la palabra

¡AMOR!

La esfinge siguió inmóvil contemplando los inmensos arenales del desierto.

Un velo de tristeza cubrió su juvenil y ardoroso rostro. La palabra augusta que rimaba en todas sus canciones y estremecía el pecho de los mancebos y las adolescentes que la escuchaban, no era la palabra de la esfinge. En sus entrañas de piedra no se había producido al oírla la menor conmoción.

Descendió el poeta de la colosal escultura, deshojando su corona de flores; y sin acompañar su paso, como solía, con el alegre y dulce són de sus cantares, se fué alejando, alejando, no sin volver á cada instante la cabeza para contemplar, ora triste y ora airado, al monstruo de durísimas entrañas que oía inconmovible la palabra "amor", única palabra que hace grata la vida y añade luz al cielo. Y cuando su hermoso y juvenil cuerpo se difuminó en la lontananza, la esfinge continuó inmóvil contemplando el desierto.

***

Del desierto salió el sabio, tras largos años de meditación y penitencia, para vencer á la esfinge pronunciando á su oído la palabra mágica. Un áspero sayal cubría su cuerpo casi esquelético y resecado por la fiebre del alma.

¿Qué valía la gloria, sueño de su sueño? qué valía el amor, dulzura de un instante? ¡Palabras, ambas, apenas proferidas ya olvidadas!

No así la suya, la frase mágica, profunda y eterna, cifra de sus tenaces meditaciones, palabra tan llena de Dios, que al decirla tembla-

ban los labios y la sangre detenía su curso formando remansos en lo más hondo de las entrañas.

Por alcanzar la dicha de pronunciarla, había sacrificado á la meditación y á la penitencia toda su vida. Noventa años sin amor y sin goce, perdido en la soledad del desierto, mirando á lo alto aun entre el fragor de las tempestades; siempre cerca de alcanzarla, siempre lejos de poseerla; devorado por la fiebre del espíritu, que nunca remite.

Y el sabio, tembloroso, pero decidido, se aproximó á la colosal escultura. Arrastrándose, y con mortales fatigas, fué ascendiendo por su tronco. Al fin se abrazó á su cuello, y jadeante y como aterrado por la frase misma que iba á proferir, susurró religiosamente al oído de la esfinge la palabra

¡INMORTALIDAD!

Y la esfinge siguió inmóvil contemplando con los ojos sin pupila los inmensos arenales del desierto.

* * *

¡Gloria! ¡Amor! ¡Inmortalidad! palabras que han llenado el corazón y la mente de los hombres desde que Dios arrojó la tierra á la cautividad sin límites del espacio. ¿Tan escaso es vuestro poder que no conmueve las pétreas entrañas de una esfinge de cuerpo de león y seno y cabeza de mujer? ¿Serán más falaces que proféticas las frases del escultor? ¿Intentaría burlarse, al proferirlas, de la credulidad humana? ¿Fueron aquéllas un sangriento sarcasmo de nuestros sueños....? ¿No habrá en el lenguaje humano una palabra capaz de conmover á las piedras?

Una caravana de árabes llegó cierto día á las inmediaciones de la esfinge.

Formábanla cuatro ó cinco familias humildes, que huían del yugo de la esclavitud á que había sido condenado su pueblo por un audaz conquistador.

Los infelices fugitivos no poseían más que unas cuantas desmedradas bestias y unos miserables carros. La existencia de todas aquellas gentes pendía de la mano de Dios.

El jefe de la caravana, un anciano de venerable aspecto, hizo detener los carros á la sombra de la esfinge, y apresurada y alegremente fueron saltando de aquéllos mujeres y niños.

El sol calcinaba la tierra; la grata sombra de la escultura les amparó como una bendición. Distribuyéronse la frugal comida, y poco después, hombres, mujeres y niños dormían plácidamente, esperando á las brisas de la tarde para continuar su camino.

Pero aún no habían descansado una hora, cuando el jefe de la caravana alzó la venerable cabeza, contempló el cielo, y un grito de terror se escapó de su garganta.

Negro y gigante nubarrón avanzaba por el espacio, y en la inmensidad del desierto alzábanse á cada instante grandes remolinos de arena.

2

La orden de partir fué pronunciada inmediatamente, y los hombres aparejaron los carros entre los gritos de terror de mujeres y de niños.

Ya el huracán estremecía el desierto.

Huyeron con el espanto en el semblante y la tempestad azotándoles las espaldas, y cuando ya habían caminado largo espacio en su loca y atropellada huída, un pobre niño de ocho ó diez años, á quien el terror de los suyos había olvidado en su plácido sueño, despertóse de pronto y hallóse solo y abandonado al pie de la esfinge.

Lágrimas de miedo se atropellaron en sus ojos, y el infeliz recorrió en vano los linderos de la escultura en busca de los suyos.

Trepó por ella apresuradamente para explorar con sus ojos los vecinos términos en demanda de la caravana, y alcanzó á fijar sus pies en el mismo seno de la esfinge.

Entonces divisó allá á lo lejos el vago contorno de la caravana que huía, y presa su débil corazón de la locura del terror, el pobre niño gritó con desgarrado acento la palabra

¡MADRE!

Súbito estremecimiento conmovió las entrañas de la esfinge. Doblóse dulcemente la cabeza femenina como para contemplar al niño, y en el seno de la escultura algo latió con espasmo de vida.

La palabra mágica había sido al fin pronunciada, no por un rey, por un poeta ó por un sabio, sino por un pobre niño abandonado.

Tronco de león, cabeza y seno de mujer.... la palabra de la esfinge era la palabra "Madre!"

JOSÉ DE ROURE

EL DERVICHE

(DE VÍCTOR HUGO)

Alí-Bajá pasaba: los grandes, los pequeños,
A ras de sus estribos doblaban el pescuezo.
"¡Alá!" gritaban todos. De pronto un pobre viejo,
un flaco y andrajoso derviche, fué á su encuentro,
detuvo por las riendas el rozagante overo,
y con Alí encarándose, hablóle en estos términos:

"Alí, Sol de los soles; Bajá noble y excelso,
que en el Diván ocupas privilegiado asiento;
tú, cuya fama crece, llenando el universo;
Visir del que te sigue disciplinado ejército;
reflejo del Califa, que de Dios es reflejo;
¡no eres, Alí, otra cosa que un despreciable perro!

"Es sepulcral antorcha tu resplandor siniestro;

rebosa, cual de un cáliz hasta los bordes lleno,
tu cólera terrible sobre tu pobre pueblo;
cual hoz sobre las mieses, brilla sobre él tu acero;
y por fundar tu alcázar en sólidos cimientos,
con sangre suya amasas sus quebrantados huesos.

"Mas ya tu hora ha llegado: Janina ya está abriendo
la tumba que entre escombros recibirá tu féretro;
te condenó á la argolla Dios justo, y te contemplo
allá, en el más profundo rincón de los infiernos,
al árbol amarrado, en cuyos ramos negros,
ariscos y medrosos cobíjanse los réprobos.

"Desnuda y temblorosa caerá tu alma al averno;
y en el papel do escritos están tus malos hechos,
los nombres de tus víctimas Satán te irá leyendo.
Ensangrentados, mudos, sus pálidos espectros
te acosarán en número mayor que los lamentos
que arranquen á tus labios la cólera y el miedo.

"No te valdrán entonces, Alí-Bajá soberbio,
tu poderosa escuadra, ni tu castillo enhiesto,
con sus cañones broncos y sus veloces remos;
ni escaparás al ángel que aguarda á los que han muerto,
aunque tu propio nombre, como el judío abyecto,
lo ocultes y lo cambies en el postrer momento."

Alí-Bajá llevaba, bajo el caftán espléndido,
su alfange de Damasco, su yatagán de Alepo,
su carabina y cuatro pistolas de repuesto.
Oyó hasta el fin la arenga de aquel derviche; luégo
bajó la adusta frente, desarrugado el ceño,
y le entregó el lujoso caftán al pobre viejo.

TEODORO LLORENTE

PRENDAS DE ORO

Julia tenía un novio con el cual casaría por Noviembre, según se lo había prometido el hombre al irse en Enero para las minas de Remedios. El la había regalado, por aguinaldos, unos zarcillos de oro; y al despedirse un anillo del mismo metal; prendas queridísimas por el valor de las joyas y más, muchísimo más, por el valor de afecto; eran pedazos del corazón de la mulata y garantía de la dicha por venir. Pero hé ahí que la madre enfermó; se puso mala y hubo que llamar médico y pagar botica. Y la muchacha consagrada al cuidado constante de la

enferma, sin tiempo para trabajar, cuando yá sus ganancias no daban abasto á tánto consumo. La pobre anciana se moría de un cáncer que le estaba consumiendo las carnes, pero más consumían la botica, el médico, los carniceros y lecheras que el cáncer de la enferma. Julia gastó sus ahorros y sus joyas de poco valor; empeñó la ropa de cristianar, el calzado nuevo, los trastos de comer y dejó sólo de reserva para un último trance las joyas regaladas por el novio ausente.

Al anochecer dejaba al cuidado de la enferma una vecina y en volandas, su canasta á la cabeza, iba donde Pachito Cobre á venderle los pocos tabacos que en el día doblaba y á que le prestase dinero con premios fabulosos, dejando en prendas sus queridos objetos familiares. Ese D. Pachito Cobre era el símbolo de la usura; un usurero de los de Antioquia, que es cuanto cabe; ahí está D. Emiro Kastos que no me dejará mentir: "Entre los que se dedican á la avaricia (se habla de los antioqueños) hay algunos que perfeccionan la ciencia hasta el punto de convertir al Harpagón de Molière y al israelita de Balzac en tipos pálidos, derrochadores y pródigos." Todos los necesitados de Anópolis acudían á Pachito, quien les quitaba el hambre á cambio de sus prendas más preciosas y amadas. De tal modo lo solicitaban que se hizo popular y dió en llamarse enfáticamente á sí mismo el benefactor de los pobres. Pero el beneficio, santo Cristo! quedarse á menos precio con todos los objetos de valía, después de cobrar á sus dueños intereses hiperbólicos, legendarios, inauditos; el veinte por ciento semanal, ó cosa así; y ejercía el oficio en Anópolis sin competencia visible.

Don Pachito se babeaba por Julia; pero has de saber que era viejo y horriblemente feo: ¿has puesto la vista atentamente en uno de esos mascarones con que el arte de la ornamentación borda la tipografía de los libros lujosos? Pues ni más ni mános es Pachito Cobre en su efigie facial: una máscara de fiesta ó una caricatura de su propia monstruosidad; no tenía comparación en lo humano y algunos días se superaba á sí mismo.

Y había dado en querer á Julia; en llegando esta á la tienda, la atendía primero; la decía primores que en boca de él resultaban indecentes; la ofrecía regalos; y sin darle cosa alguna ponía su empeño en atraerla y amansarla. Ella lo miraba con repugnancia y terror; se iba de la prendería cuanto antes y lo tenía por el más cruel verdugo de su hacienda, que era. Pachito no se daba por avisado en desdenes y continuaba sus atenciones y zalamerías como si tal cosa; la hacía ofrecimientos generosos para que los aprovechara en tan crítica situación como la que Julia estaba atravesando; no obstante nada salía de allí sin prendas, y cuando la mulata parecía resignarse á aceptar algún favor, Cobre se hacía el sordo. Si por ventura Julia le hacía memoria de sus ofertas se abalanzaba el viejo á cogerle el cuerpo, por lo que salía ella corriendo toda llena de asco y miedo.

Al cabo de algunos meses de padecimientos la anciana murió. Y entonces fueron los mayores apuros de Julia; hasta invocó la caridad de los vecinos del contorno, con cuyas mandas no alcanzó á cubrir el grande gasto del entierro católico. En esta sazón acudió al último re-

curso y besando mucho las joyas que le regaló el novio y dejando caer sobre ellas ardientes lágrimas de gratitud y de dolor, dióselas á una vecina que las empeñase para el pago de lo más premioso.

Ya huérfana se fué á vivir en casa de una parienta, donde tenía que pagar más de lo que consumía; se dió al trabajo con ahinco, pero era tanto el alcance por el anterior gasto extraordinario, que no alcanzaba á cumplir sus más urgentes necesidades, ni trabajando á sol y noche. Acercábase el plazo fatal en que se ahogarían las joyas del novio, y Julia cavilaba á todas horas en cómo reuniría el dinero para sacarlas antes de perderlas; no dormía en gran espacio de la noche, viendo el fantasma del viejo usurero, su mascarón repelente, burlón, como irónico por la miseria de ella; otras veces lascivo y nauseabundo querienno besarla con esa boca desdentada, sumida, cavernosa y en espesas babas; le parecía á Julia estar examinando, sin poder apartar la vista de ella, esa boca desgraciada, y viéndola, descubría allá adentro cómo en cada raigón de muela tenía un papelito (semejante á los que ponía sobre las prendas empeñadas) en que se fijaba el plazo de perderlo por el torcido empleo de ellos mascando el sustento de los pobres; y luégo echaba de ver cómo el cráneo de Cobre tenía cubierto otro papel grande y fatídico que señalaba el plazo de perderse el alma del usurero si no curaba el daño que había hecho y estatuía los castigos que con usura debía sufrir en el infierno á cuenta de los intereses proditorios con que consumía el caudal de los desgraciados y corrompía la honestidad de las mozas huérfanas.

Faltando dos días para llegarse el tiempo fatal y teniendo Julia á duras penas la mitad del valor que había menester para que le devolviese sus joyas, fué adonde Pachito Cobre con la esperanza de que le concediera ó una prórroga ó una rebaja. Le expuso su miserable situación, causada por la enfermedad y muerte de la madre; le dijo que aquellas joyas se las había regalado el novio y que si las perdía perderse había su matrimonio; que la tuviese compasión y ella empeñaba su palabra de acabar de pagarle y si era preciso dejaba en prenda su pañolón negro, único objeto de algún valor que le quedaba. Pachito no se mostró remiso á un arreglo, nada de eso, la recibió complaciente y cariñoso y se puso pronto á hacerla cualquier servicio ó regalo; la dijo que el luto la había puesto más hermosa aún que era y que en el traje negro tenía su natural vestido de gala, como la mirla en las alas negras. Y apenas decía la verdad, estaba hermosísima la mulata; descubierto el busto en saco blanco era un modelo de belleza indígena: de mediana estatura, robusta, color moreno asoleado; ojos negros, negrísimos, dos noches concentradas en un par de puntos, pero que reflejaban la luz como el diamante; dentadura igual, bien cortada, blanquísima, como bañada en leche; cabellera recia y enmarañada; cuerpo lindamente modelado sin haber menester corsé ni algodones; carnes apretadas, jugosas, rebosantes; su fisonomía radiante, risueña, lustrosa como acabada de acoplar y enlucir por manos artistas. Estás más bella que tus prendas de oro, le decía Cobre; linda, linda, y si consientes en lo que acabo de decirte llevarás contigo las joyas y mucho más, lo que quieras de mí, linda Julia.

—Y en otras condiciones no me entrega las joyas, don Pachito?
—Son únicas que acepto, y si no, el principal y los intereses mañana mismo ó se ahogan las joyas.

Julia salió del montepío indignada y sin corazón, y llegando á la casa se puso á llorar. Lloró toda la noche, con amargura, con desolación; lágrimas más amargas no le procuró la muerte de la madre, de esa madre atormentada cruelmente en sus carnes corroídas como de Job. Tuvo firme intención de anonadarse: ¿para qué vivir? perdidas las joyas, matrimonio perdido; quitada la honra, eso nunca! su porvenir no se desbarataba por voluntad tiránica de un salteador de joyas; y maldiciendo de su suerte entraron los albores luminosos del día fatal. Y con el sol se disiparon los hechizos de virtud. En la mañana serenóse, hasta alegre se puso, suspendió el trabajo y se estuvo en la contemplación de su belleza durante las horas cálidas del día. A la oración salió á la calle y llegando á la prendería yá anochecido ... salvó sus joyas.

—

El novio regresó por Noviembre ilusionado y amante, pero Julia no logró ocultarle la ocurrencia dolorosa. Quiso el mozo en un principio hacerse apóstol del bien y vengador del daño de su amada, escarmentando al usurero; mas luégo moderó su quijotismo y se hizo amigo íntimo de Julia durante años.

Más tarde la pobre mulata entró en circulación yendo de mano en mano como moneda.

ANTONIO JOSÉ MONTOYA

ALGUNAS CONSIDERACIONES
SOBRE LA LITERATURA DE HOY

Dicen que en tiempos fué el vivir cosa fácil y el novelar arte de bien urdidas complicaciones. Asombra, y aun admira, la potencia imaginadora de tantos novelistas que fueron, maestros en el manejo de los acontecimientos, sabios en el entretejer pasiones, en el enredar y desenredar conflictos, en el precipitar catástrofes, en el salvar y hundir vidas y haciendas. Hoy parece que la vida se ha complicado singularmente; se han borrado casi todas las leyes, aquellas buenas leyes morales y sociales que, llevándoles como por la mano, marcaban el camino á las almas; y luégo de borrarse las leyes, hace tiempo que callan los maestros. La autoridad duda de sí misma; ni en política, ni en religión, ni en arte se ocupa nadie de enseñar doctrina; vánse cayendo los prejuicios, pero no vienen ideas firmes á sustituírlos. Hay asociaciones de palabras irremediablemente envejecidas. ¿Quién se atreve á decir, convencido de su eficacia, aquello de *principios fundamentales* ó aquello otro de *leyes eternas*? Acaso esto es un bien; tal vez sea un mal, ya que

la humanidad está compuesta en su mayoría por gentes que no son capaces de elaborar una idea propia, á duras penas de razonar alguna de las que ya encuentran cristalizadas. Bien ó mal, no lo sé; sé que es cierto; y esta falta de leyes trae como consecuencia la falta de conflictos, y hasta si se quiere de pasiones: ¿Contra qué han de ir á estrellarse los impulsos pasionales, y acaso, acaso, cómo han de nacer? La pasión casi siempre tiene su germen en la contradicción; vieja ciencia es la que enseña cómo la calma engendra hastío. Y luégo trenes, libros, fotografías han desflorado la tierra de tal modo que es imposible hallar rincón del mundo donde soñar una aventura ó esconder un misterio. La indiscreción impresa ha hechp saber á todos cómo poderosos y genios también son pobres hombres y mujeres ... ¿Dónde fantasear?

Por esto hoy el vivir es pálido, está privado casi en absoluto del acontecimiento; mas para los espíritus inquietos, para las inteligencias activas, se ha hecho sutil; y los que han nacido noveladores, ó simplemente escudriñadores de la vida, han venido á preocuparse del matiz, del repliegue, de la luz fugitiva, de la sensación rápida, del gesto breve, de la palabra, del silencio mismo. Y hé aquí cómo se ha transformado el arte.

No sólo la novela, el teatro, con ser género inevitablemente de *efectismo* y de *acción*, lo cual vale tanto como decir de *acontecimiento*, se preocupa, se apasiona por conflictos que las generaciones anteriores hubieran calificado con sorna de quintas esencias; á las situaciones han sustituído los caracteres; á los conflictos pasionales, los morales, tocados de cierto intelectualismo.

¿Qué piensa de esto el público? El verdadero público, lector de novelas ó espectador de dramas, está bastante desorientado; este arte nuevo le resulta pálido, porque si ha aprendido á vivir, por fuerza, como su tiempo, aún no le han enseñado á pensar cómo vive; y añora aquel fantasear pintoresco que antaño le ayudó á salir de sí mismo, á olvidar y á olvidarse; no se divierte. Pero es el caso que ya tampoco le logra divertir aquello mismo que fué su encanto: represéntase una vieja comedia, corren á verla los que la recordaban prodigiosa y salen del teatro asaz mohinos; y los libros aquellos yacen empolvados, sin que los que eran niños cuando se escribieron los quieran de nuevo leer: no pueden divertirles tampoco, porque no son verdad.

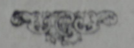
Pero si la verdad no es poética y nosotros quisiéramos algo de poesía, dicen ó sienten. Por fortuna, España es un pueblo romántico, sanamente romántico; aún le quedan unas cuantas virtudes y unos cuantos errores que saben fresco y huelen bien; hoy por hoy, la novela realista española tendrá siempre su dejo poético si ha de ser imagen de la verdad. Y de esto es fácil convencerse comparando la realidad de nuestra tierra con la literatura realista de otros países, aun de los más cercanos á nosotros, Francia, por ejemplo. Novelas y comedias, las que ahora de Francia se traducen, nos causan sensación de fruto avellanado y reseco, sabroso, ¿quién lo duda?, sano si se quiere, pero sin la frescura del jugo y el gozo del aroma. Somos pueblo romántico; tenemos fresca sensualidad, inmoralidad ingenua; el pecado no se ha tomado aún la molestia de complicarse ni de ciencia ni de psicología; anda la

virtud olvidada como en toda la tierra, pero aún hay unas cuantas palabras que la ensalzan en los cantares mismos del pueblo; podremos haber perdido el corazón, pero aún sentimos en él el dolor de la *puñaláita*, y aún llamamcs *malas acciones* á cosas que en el resto del mundo ha hecho correctas la costumbre.

***

Pues señor: el alma, cansada de buscar simpatías y amores en sus hermanas las almas de hombre, donde tan raras veces los suele hallar, se ha ido camino de las cosas, y para que puedan darle la ilusión de la *correspondencia*, "que hasta el aire la quiere", dice una copla rancia, les ha otorgado gentilmente el dón de animación. Y los artistas de hoy amamos locamente á la naturaleza, que se deja querer con pasividad acariciadora de hembra muy amada. Placer de amadores fué en todo tiempo pintar á la querida y decir de ella, y cantar en verso su hermosura, y ensalzar en prosa su amabilidad. Por eso en los libros de ahora tiene tanto interés el paisaje. La que llama Azorín *emoción del paisaje* es una modernísima emoción, pero no menos honda que las tradicionales de amor naciente, de dicha rota. Es plácida, pero al tumulto que le falta súplele la hondura, y es soberana por su placidez misma, reina de paz. El espíritu, aun acaso el cuerpo, como que se funde, como que se disgrega yendo á reposar en infinitos átomos sobre las infinitas partecillas que forman un paisaje, un día, un mediodía cálido, lleno el aire de luz vibradora sobre las espigas de un campo ó los geranios rojos de un jardín; un crepúsculo dentro la luz bermeja que detrás de unos álamos pinta el sol al ponerse; un amanecer en la tierra jugosa de un huerto, sobre la cual rebrillea el rocío; en la paz musical del agua que corre, en el himno del agua que se estrella, en la elegía heiniana del agua que cae una tarde de otoño desde el cielo gris; en la danza de cuatro mariposas sobre una pradera donde hay margaritas y donde tiembla sobre la hierba la sombra de un chopo; en la maraña de una zarza ó en la pompa florida de una malva real.... Mientras en un libro esté el alma del paisaje estará en él la poesía.

G. MARTÍNEZ SIERRA.



EL MUEZIN

Cual nidada de palomas, se acurruca, se repliega
en los flancos verdinegros de la plácida colina
el islámico poblado; más allá luce la vega
sus maticos que semejan los de alfombra damasina.

Como egipcia columnata donde el aura veraniega
Finge trémolos medrosos, el palmar en la vecina
hondonada se prolonga. Todo es paz; la noche llega
con la frente diademada por la estrella vespertina.

Es la hora del misterio; ya la sierva nazarita
unge el cuerpo de su dueña con suavísimas unciones;
el fakir, enjuto y grave, bajo un pórtico medita.

De improviso, con sonoras y dolientes inflexiones,
desde el alto minarete de la cóncava mezquita,
un muezín de barba nívea deja oír sus oraciones.

LAS CIGÜEÑAS

Ya llegaron las cigüeñas á Estrasburgo: en los ariscos
torreones buscan nidos, abatiéndose en bandadas.
Se dirían arrancadas á uno de esos obeliscos
que en poliedros monolitos guardan crónicas pasadas.

Ya el compadre zorro apresta su festín de miel y sueña
que su amiga la cigüeña, con su pico asaz ingrato
no podrá clavar las migas en el plato, y la cigüeña
de miel colma un frasco para restituír la miel del plato....

Ya llegaron las cigüeñas á Estrasburgo. No te admires
si las ves sobre una pierna meditando silenciosas,
enigmáticas y enjutas cual colegio de fakires.
Rumian todo lo que saben: Babilonia, Menphis, Helos,
Champolion habló con ellas; son los pájaros abuelos
y están tristes porque han visto tántas cosas.... tántas cosas!

AMADO NERVO

LA ULTIMA CLASE

NARRACIÓN DE UN MUCHACHO ALSACIANO

Aquella mañana me había retardado para ir á la escuela, motivo por el cual tenía mucho miedo de ser regañado, tanto más, cuanto que el señor Hamel nos había dicho que nos interrogaría acerca de los par-

ticipios, y de esto no sabía yo ni la primer palabra. Un momento me asaltó la idea de hacer novillos y de tomar las de Villadiego, al través de los campos.

Estaba el cielo tan limpio; tan suave—incitadoramente suave —el ambiente!

Se oía cantar las mirlas en las orillas del bosque; en el prado Rippert, detrás del aserradero, los Prusianos hacían el ejercicio. Todo esto me seducía más que la regla de los participios; empero, tuve suficiente fuerza de voluntad para resistir y corrí velozmente hacia la escuela.

Al pasar por la Alcaldía me sorprendió ver una multitud de curiosos frente á la rejilla de los avisos y pregones. Al pasar por ese punto, en donde vienen, desde hace dos años, avisándose todas las malas noticias, las batallas perdidas, las requisiciones y órdenes de la Comandancia, pienso, sin detenerme: "¿qué otra mala nueva anunciarán allí?"

Entonces, como atravesara la plaza corriendo, el herrero Wachter, que estaba allí con su aprendiz en actitud de leer el cartel, me gritó:

"No te afanes tánto, chiquillo; tú siempre llegarás á tiempo á tu escuela!"

Creí que se mofaba de mí y entré sofocado al patiecito del señor Hamel.

De ordinario, al empezar la clase, se hacía gran alboroto, que se oía desde la calle, con el abrir y cerrar de los pupitres, las lecciones que se repetían en voz alta, tapándose los oídos para aprender mejor, y la gruesa regla del maestro que golpeaba fuertemente sobre las mesas.

" Un poco de silencio!" pedía el señor Hamel.

Yo contaba con todo este trajín para llegar cautelosamente á mi banco, sin ser visto; pero justamente estaba este día allí tranquilo todo como en una mañana de Domingo. Por la abierta ventana veía á mis camaradas colocados ya en sus puestos y al señor Hamel, que se paseaba con la terrible regla de fierro bajo el brazo. Era menester abrir la puerta y entrar en medio de esa gran calma. Considerad cómo enrojecería yo y cuánto sería mi temor!

Pues bien, nó. El señor Hamel me miró sin cólera y me dijo muy dulcemente:

" Vé pronto á tu puesto, mi querido Frantz; íbamos á comenzar sin ti."

De un zancazo llegué á mi banco y al instante me coloqué en mi pupitre. Sólo entonces, un poco repuesto de mi susto, noté que nuestro maestro llevaba su bella levita verde, su fina pechera plegada y su gorro de seda negra, bordado, que él se ponía únicamente en los días de recepción ó de distribución de premios. Además, toda la clase tenía algo de extraordinario y de solemne. Pero lo que más me sorprendió fué ver en el fondo del salón, sobre los bancos que habitualmente permanecían vacíos, gentes de la aldea, sentadas y silenciosas como nosotros; el viejo Hauser con su tricornio, el antiguo Alcalde, el Ma-

yordomo de Fábrica, y muchos más. Todo el mundo parecía triste; Hauser había llevado un viejo abecedario comido por los bordes, que tenía completamente abierto sobre sus rodillas, con sus gruesos anteojos extendidos al través de las páginas.

Mientras me daba cuenta de todo esto, subió el señor Hamel á la cátedra, y con la misma voz dulce y grave con que me había recibido, nos dijo:

"Hijos míos, es esta la última vez que os hago la clase. Ha venido de Berlín la orden de no enseñar sino alemán en las escuelas de la Alsacia y la Lorena .... El nuevo maestro llega mañana. Hoy es vuestra última lección de francés. Os suplico que estéis muy atentos."

Aquellas palabras me trastornaron. Ah! los miserables; hé aquí lo que habían avisado en la Alcaldía.

Mi última lección de francés! Y yo que ni siquiera sabía escribir. Ya no aprendería pues jamás! Era preciso permanecer así! Cómo lamentaba entonces el tiempo perdido, las clases *mamadas* por correr en busca de nidos ó deslizarme hacia el Saar! Mis libros, que encontraba á toda hora tan fastidiosos, tan pesados para llevarlos; mi gramática, mi historia sagrada, parecíanme al presente viejos amigos que me daría mucha pena abandonar. Lo mismo que al señor Hamel. La idea de que él iba á partir, que no lo vería ya más, me hacía olvidar los castigos, los reglazos.

Pobre hombre! En honor de esta última clase se había puesto su *ropa dominguera* y entonces comprendí por qué habían venido á sentarse al extremo del salón aquellos viejos aldeanos. Dijérase que se lamentaban de no haber venido más á menudo á la escuela. Era también como una manera de dar las gracias á nuestro maestro por sus cuarenta años de buen servicio y por sus sacrificios en aras de esa patria que pronto había de abandonar.

Aquí iba de mis reflexiones cuando oí pronunciar mi nombre. Mi turno de recitación había llegado. Qué no hubiera dado yo por haber podido decir de un tirón toda esa famosa regla de los participios, bien alto, bien claro, sin una falta! Pero me turbé á las primeras palabras y permanecí en pie, balanceándome en mi banco, palpitante el corazón, sin osar levantar la cabeza. Oí al señor Hamel que me decía:

"No te regañaré ya más, mi pequeño Frantz; tú debes darte por suficientemente castigado. Hé aqui lo que es esto, la historia de siempre. Todos los días se dice uno á sí mismo: Vaya! tengo tiempo de sobra; aprenderé mañana." Y después, ya ves tú lo que pasa. Ah! esta ha sido siempre la gran desgracia de la Alsacia: dejar para mañana el impulso de su instrucción. Entre tanto, pueden estas gentes, con todo derecho, decirnos: "Cómo! pretendéis ser franceses cuando no sabéis hablar ni escribir vuestra propia lengua!" Y de todo esto, mi pobre Frantz, no eres tú el más culpado. Todos tenemos nuestra buena porción de reproches qué hacernos.

"Vuestros padres no han hecho lo suficiente para veros instruídos. Ellos prefieren enviaros á labrar la tierra ó á las fábricas de hilados por ahorrar algunos ochavos más. Yo mismo, ¿ no tengo nada qué reprocharme? ¿ Es que no os he hecho á menudo regar el jardín en lu-

gar de haceros estudiar? Y cuando he querido ir á pescar truchas, ¿poco he tenido que violentarme para daros permiso?"

Entonces, pasando á otra cosa, el señor Hamel se puso á hablarnos de la lengua francesa, diciendo que ésta era la lengua más bella del mundo, la más clara, la más sólida; que era preciso guardarla entre nosotros y no olvidarla jamás, porque cuando un pueblo se hace esclavo, mientras tenga su lengua es como si tuviese la llave de su prisión. Luégo tomó una gramática y nos leyó la lección. Yo estaba asombrado de ver cómo comprendía. Todo lo que él decía me parecía sencillo, sencillísimo. Creía además que yo nunca había escuchado tan bien y que él tampoco había tenido jamás tánta paciencia para sus explicaciones. Parecía querer decirnos que, siéndole preciso al pobre hombre abandonarnos, quería dejarnos todo su saber, haciéndonoslo entrar de un solo golpe en la cabeza.

Terminada la lección pasámos á la escritura. Para este día el señor Hamel nos había preparado ejemplos nuevos todos, entre los cuales había escrito con su bella letra redonda: *Francia, Alsacia, Francia, Alsacia.* Era esto como pequeñas banderolas que flotaran al rededor de la clase, prendidas á las varillas de los pupitres. Era de ver cómo se aplicaba cada cual y qué silencio reinaba! No se oía sino el rasguear de la pluma sobre el papel. De repente, entraron algunos abejorros, pero ninguno les prestó el menor cuidado, ni siquiera los chiquillos que se aplicaban á trazar sus palotes con tánto corazón, con tal conciencia, como si esos palotes fueran también franceses .... En el techado de la escuela las palomas currucuteaban tan por lo bajo, que yo me decía al escucharlas: "es que también se les va á obligar á cantar en alemán?"

De tiempo en tiempo, cuando alzaba los ojos de la página, veía al señor Hamel inmóvil en su cátedra, fija la mirada en los objetos que lo rodeaban, como si hubiese querido llevar en ella toda su casita de escuela .... Pensad! después de cuarenta años de permanecer en el mismo puesto, con su patio al frente y su clase siempre igual. Solamente los bancos y los pupitres estaban pulidos, abrillantados por el uso; los nogales del patio habían crecido y el lúpulo plantado por sus propias manos, enguirnaldaba las ventanas hasta el techo. Cuánta mortificación sería para este pobre hombre abandonar todo esto y oír á su hermana, que iba y venía, en el cuarto de arriba, en actitud de liar petates! porque ellos debían partir al día siguiente, alejarse por siempre de su país.

A pesar de todo, tuvo el valor de darnos la clase hasta el fin. Después de la escritura, tuvimos la lección de historia; en seguida los chiquillos canturrearon el *ba, be, bi, bo, bu.* Abajo, en el fondo del salón, el viejo Hauser con sus anteojos puestos y su abecedario cogido con ambas manos, deletreaba con ellos. Al ver que se aplicaban, lo hacía él también; su voz temblaba de emoción, de una manera tan característica, que al oírlo vacilábamos nosotros entre reír y llorar. Ah! jamás olvidaré esta última clase........

De pronto el reloj de la iglesia dió las doce, luégo el Angelus. Al mismo tiempo las cornetas de los Prusianos que venían del ejercicio

estallaron bajo nuestras ventanas........El señor Hamel se levantó, pálido, de su cátedra. Jamás me había parecido tan grande.

"Amigos míos, dijo, hijos míos, yo....yo...." Alguna cosa lo ahogaba. No pudo concluír su frase.

Entonces se dirigió hacia el tablero, tomó un pedazo de tiza, y apretando con todas sus fuerzas, escribió tan grueso como pudo:

"VIVA LA FRANCIA!"

Allí quedó en seguida, reclinada al muro la cabeza; y sin hablar, señalándonos con la mano:

"Todo acabó........idos"

ALFONSO DAUDET

(Vertido expresamente para *Lectura Amena*, por L. de G.)

PENUMBRA

Para Efraim de la Cruz.

Yo he expiado de unos ojos,
ojos piadosos que el llorar evocan,
la redención para mis tristes días....
Oh luz esquiva y honda
de los ojos azules inundados
de vaga somnolencia melancólica....!

La acuarela doliente de mis sueños,
esfumada de sombras,
clama —ha mucho— la luz vívida, intensa,
de unos ojos...., de unos ojos [auroras
que yá no veré más en mi horizonte....!]
ojos llorosos que el amor evocan....

- - - - - -

En el álbum de la Srita. Pepa Uribe.

En su inquietud ferviente de redentor anhelo,
bajo la paz nocturna del florecido cielo,
el Soñador Divino de la nación hebrea
vagaba por las playas del mar de Galilea.

Y al ver en el espejo de las tranquilas aguas
copiarse las estrellas — errátiles piraguas
de su país lejano de cármenes risueños —
bogó...., bogó en el piélago azul de los Ensueños...

ABEL MARÍN

Desde el huevo

Para el album ilustrado de Rafael Mesa.

Es al pie de una mansión suntuosa, de un palacio; en el hueco de una puerta. La noche es negra y hace frío. En ese hueco de puerta, sobre el duro pavimento, duerme un rapazuelo pordiosero. Un futuro miserable, un futuro ladrón, un futuro asesino. ¡Se ha quedado dormido tal vez de hambre! Quizás no le han alcanzado fuerzas para ganar su guarida hedionda y sucia; tal vez no tendrá ni ese harapo de sombra para cobijar su cuerpo flaco y ruin!

Es el fruto insistente para vivir que ha brotado del fango feraz y potente, ó tal vez la consecuencia tímida de una pasión escondida, de una pasión que se resguarda aun apesar del crimen, aun apesar del retorcimiento de un corazón de madre! Ha nacido para formarse en medio de la impiedad, en medio de la miseria, en medio del dolor, y está obligado por las leyes humanas á ser bueno, á tener corazón, á amar á sus semejantes ....! Oh! sabia humanidad!

Duerme .... y sueña tal vez con el ligero y elegante cochecillo en donde ha visto, rodeado de encajes y almohadones, al niño rubio y delicado, hijo del rico, sonriendo y alzando las manitas gordas y rosadas; ó tal vez con el pedazo de pan, duro hasta lo impenetrable, resistente ante la fuerza apenas en embrión de sus mandíbulas hambrientas!

El también es niño y rubio, pero sus manos no están pompas ni rosadas! Ellas dejan ver todos sus huesos y van llenas de mugre! También es rubio y niño, pero su cuerpecillo diminuto no descansa entre encajes y almohadones, sino que se forma duro y áspero como las piedras que le sirven de lecho! Apenas puede gozar del espectáculo del cochecillo fijando en él sus negras pupilas, codiciosas, que se lo presentan más elegante, más delicado y más hermoso de lo que es, por el influjo de su envidia inocente!

***

La noche es negra y hace frío. Se oye sobre la anchurosa acera un taconeo menudo y armonioso, que se acerca. El niño sigue estirado al través de la puerta, dormido, como un perro. En el jardín de la casa la fuente expande sonoridades monótonas. La noche continúa negra como la miseria de las covachas y el frío se hace sentir intensamente.

Los pasos se aproximan. Son de una dama joven y rica, que acompañada de su padre viene de teatro. Es joven, y es hermosa, y no tiene frío y no siente hambre y lleva gasas y lleva sedas y joyas! Trae frescos los recuerdos del salón en donde se ha visto asediada por miradas adoradoras y viene aspirando todavía ese perfume que no ha acabado de pasar, con los ojos medio cerrados, envuelta en la voluptuosidad de amarse á sí misma, de amarse mucho; y oye, encantada, el repiqueteo de sus botitas que le suena coqueto, que le suena incitador!

Llegan y se detienen un momento ante la puerta. Mas de pronto la dama, toda atemorizada, toda nerviosa, lanza un gritito agudo, pe-

netrante, mimoso y dice á su padre en tono de queja y susto:

—Papá.... ! papacito!! — Un animal!

El padre, gravemente, frota una cerilla, y hace luz.

Es el niño miserable. Duerme y sonríe ....! ¡ sonríe! ¿Y por qué sonreirá? Oh! vida, oh! suerte! ¿sueña tal vez, el miserable, que su lecho duro y frío, va á adquirir blandura y calor?—O quizá ha percibido en sueños el andar ligero y armonioso de la dama y le parece oír en él la señal á comer, la señal á hartarse, á engullir hasta el exceso? ¡Y sonríe......!! Tal vez no será eso una sonrisa. Tal vez es esa la mueca obligada del hambre y la miseria en su último grado!—Quizás la más honda y refinada protesta de la humanidad contra la naturaleza....!!

—Si es un muchacho!, dice con infinito desdén la dama. Creí que era un perro.

Y recogiendo el traje, como para no arrastrarlo, da un saltito coqueto, gracioso, sobre el chiquillo; vuelve, luégo, á producir su taconeo galerías adentro en busca de su lecho tibio, perfumado de sí misma, y de ropajes ricos y finísimos que la esperan para besar su carne sonrosada y suave....y en tanto el granuja sonríe dulcemente, dormido sobre las piedras.

RAFAEL MONTOYA PÉREZ

Marzo 30 de 1905.

EXPLICACION

No busques, poeta, collares de rimas
en casas de orfebre. Cinceles y limas
repujan ni hielan los cantos mejores:
los cantos mejores son nuestros amores,
son nuestros amores y nuestros dolores;
las dulces quimeras, los casos de angustia,
idilio que enflora, pasión que se mustia;
visiones de encanto
al vuelo de un tren,
y cosas de llanto
y cosas de bien.

El mejor poema es el de la vida:
de un piano, en la noche, la nota perdida;
la estela de un barco; la ruta de flores
que lleva á ciudades ignotas; dolores
pueriles; mañanas de riñas; sabor
de besos no dados, y amor sin amor.
¡Qué alegre es la casa del titiritero!
La casa que pasa por todo sendero
y exhibe á los bordes de tantos poblachos

sus damas, sus hércules y sus mamarrachos!
Qué libre es la vida de todo bohemio,
poetas, gitanos. Por único premio
de su rebeldía y su libertad
los saluda el cielo de cada ciudad;
y son sus amigos las cosas viajeras:
las brisas, las nubes y las primaveras.
Adoro la gente que adora la errante
vida. La bohemia libre y trashumante.
Seguí sus pendones, eché á caminar,
y en burgos y villas me puse á cantar,
¡Oh, amores y rutas y alarmas! ¡Oh acciones!
Bardo, la poesía no está en las canciones.

R. BLANCO FOMBONA

PLUMAZOS

La roca taladrada por el gusano; el diamante corrompido por la polilla; el amianto fundiéndose al calor de algún bicho luminoso: estas son las imágenes que me ofrece un ligero artículo de periódico, acurrucado encima de mi mesa como un áspid en asecho.

Encuentro en él una historia demasiado triste para ser narrada; una historia que ha hincado sus cien colmillos en lo más sensitivo de mis carnes, y de la cual apenas ensayaré á marcar el argumento: obscuridad en los palacios de Víctor Hugo; la serpiente primitiva, pútrida y babosa, que se anuda á las plantas del gran Maestro para corroerle las entrañas; Sainte-Beuve hurtando en la confianza de su inmortal amigo el pan de los cariños y las lágrimas.

—¿Para qué—me he preguntado,—para qué se escribiría todo eso, con líneas tan tenebrosas; *eso*, de que nadie antes se había apercibido, y cuyo resultado — múltiple quizás — es una mancha roja gigantesca, la importuna revelación de una debilidad monstruosa y execrada, el maldito florecimiento de la infamia y del desorden mezclándose á los sabrosos frutos y polvorientas hojas de un idilio incomparable?

Cuentan que el Titán de *La Leyenda de los Siglos*, legendario él mismo como sus héroes, amó con la precocidad de su temperamento y de su genio á la que más luégo — según acabo de leer — hubo de destrizar el alma compasiva, el corazón volcánico y piadoso del autor de *Claudio Gueux* y *Los Miserables*. También yo he visto en algunas de sus primeras Odas la pasión desbordante y magnífica, la sublime pasión recogida entre los diques del infortunio—cuando Hugo era pobre y adolescente,—engriéndose soberbia en columnas eruptivas, para tronar con sus martirios de lo alto, y descender en espiritual rocío á los pies de la Escogida .... ¡Todo para llegar allí donde el más vil tal vez no alcance: á los octavos círculos terribles del crematorio de Ali-

ghieri, bajo el augosto filo de Al-Sirath, puente de misterioso simbolismo!....

Y añado para dar punto á mis asombros :

—Si esto es verdad, ¡ benditos sean tus manes, oh Coloso ! ¡ Bendita la boca que brotó el perdón de las injurias en el seno mismo de la perversidad y del escándalo! Tus dulces labios manchados por el veneno de las traiciones, tu lengua ardiente con el tósigo de las perfidias conyugales, destilaron para siempre el verbo de la piedad sobre las delicias abyectas de tu Magdalena corrompida.

AB. FARINA

SURSUM

á Alfonso Villegas Arango.

Si en el plástico molde el orfebrero
vacia el fino metal, y en pedrería
engasta el relicario, donde un día
habrá un rizo azabache prisionero;

si en el cesto que labra el jardinero,
la silvestre parásita se cría,
y el musgo estéril donde ayer crecía
torna más bello su matiz primero;

Si es tan pródiga el arte que á la roca
da formas voluptuosas, y hace pura
la misma realidad en que se inspira;

¿por qué la idea que mi mente evoca
en sus ansias de amor, no halla moldura
en las estrechas cuerdas de mi lira?

VICTORIANO VELEZ

RUBI

Para Luis Cano.

Aquella noche, cuando fuí á hacer mi visita de novio acostumbrada, encontré á Sofía llorando. Estaba negligentemente tendida sobre un sofá carmesí, en una posición de bacante neroniana, y así permaneció gran rato después de mi llegada, secando entre ahogados sollozos sus ojos húmedos con un pañuelo de seda roja.

Quedéme de pies junto á ella, viéndola llorar, contemplándola en silencio. De pronto, incorporándose, abrió sus ojazos negros y clavándolos en mí, dijo :

"Mi *Rubí* bello. ¿ No sabes, Iván? mi *Rubí*, mi pequeño *Rubí*, ha muerto, lo han envenenado ! ¿ Sábes tú á dónde van los perros des-

pués de muertos? ¿Dónde estará mi *Rubí*? ...." Y no pudiendo hablar más porque el llanto la ahogaba, cubrió su rostro con el pañuelo y se volvió á recostar en el sofá.

Esa noche no hice mi visita de novio acostumbrada. Tomé mi sombrero y, ahogando los pasos en la alfombra, conteniendo los latidos de mi pecho, salí de aquel saloncito donde horas tan felices había pasado, resuelto á no volver.

En la calle aún escuchaba el llanto de mi novia.

***

Era Sofía una muchacha alegre y espiritual, amiga de bailes y tertulias, iniciadora de los paseos que en el pueblo se hacían y madrina en todos los casorios de sus amigas. Cuando cantaba arrobaba á todos sus oyentes, y viéndola ondular su airoso cuerpo en el baile, la más aplaudida artista de *Folies Bergères* hubiera muerto de envidia. Su conversación amenísima estaba siempre salpicada de epigramas y *calembours* y en su boca—escarlata—nunca dejaba de palpitar una risita picaresca y burlona que me hipnotizaba por completo, me hacía convertir en un idiota consumado. Nunca lloraba. Hé aquí porqué me causó extrañeza verla llorar aquella noche en que fuí á hacerla mi visita de novio acostumbrada.

***

Camino de casa, monologaba:

"Y me ha dejado .... no ha querido recibirme ... y llora por *el otro* ... y *el otro* es .... un perro. Maldita sea! No volveré. Pero .. es tan hermosa! .... y estaba tan bella hoy con sus ojos llorosos, con su boquita roja, húmeda, entreabierta, con su cabellera negra como el caos, suelta en rizos que caían hasta el suelo! ....

¿Y por qué abandonarla, si hace mucho ansiaba verla así, yo, que siempre la he visto reír, reír? Ha sido su mayor gusto; .... pero por quién lloraba hoy? ... Por un perro ....

Una mujer que llora, que tiembla, que se desmaya y dobla la cabeza como una flor enferma .... es hermosa. Hé aquí el bello ideal del corazón! A mí me embargan las mujeres—mujeres, las débiles, las que no se alejan de su sexo como el hombre afeminado, las que mueren de amor, las que palidecen al aspirar un aroma demasiado violento, y al oír el canto de los ruiseñores se entristecen. La debilidad!....La gran virtud de la mujer!....Detesto las hembras *esprit-forts*, que desafían las tempestades, que esgrimen armas y corren bestias; las mujeres varoniles que quitan al hombre sus derechos, las hembras-machos que... Pero yo que digo esto ¿pienso dejar á Sofía? ¿no pienso volver porque ha llorado? .... Nó! No puedo abandonarla. No tengo fuerzas para ello. Mi alma está adherida á ella por completo.

....

....

***

Hoy he vuelto á casa de mi novia: ha venido su criada Clementi-

na á decirme que doña Luisa, la madre de Sofía, está de muerte. Esta y su padre, D. Roque, me han llamado. Doña Luisa delira conmigo y desea verme la última vez.

. . . .

Cuando llegué, ya la pobre señora había muerto. En medio de la sala, tendida en la negra caja se encontraba la viejecita, las manos en el pecho, vestida con un hábito de no se qué imagen y estereotipada en sus labios descoloridos una sonrisa dulce y pueril como de querubín de Miguel Angel .... "Adiós, doña Luisa, dije mentalmente, viejecita santa y querida, modelo de suegras, tienes de derecho entrada en la gloria, por tus sufrimientos, por tus virtudes ...." y sintiendo en el alma un profundo pesar, cosa extraña tratándose de la muerte de una suegra, salí del aposento con las lágrimas en los ojos y el corazón palpitándome violentamente; salí en busca de mi novia. La alcancé á ver en el comedor y me dirigí á ella. Estaba tomando café en compañía de Fermín González, un prendario estúpido y malo; de Antonio Cifuentes, un comerciante quebrado; de D. Torcuato, el Alcalde del pueblo; de D. Gumersindo Moratín, el Sacristán, un viejecito pequeño y perverso como todo sacristán; de Miguelito Villamil, un pollito almidonado, de pantalones planchados, de flor en el ojal y de pava con cinta tricolor; de Pepita Rincón, una muchacha histérica de la cual contaban las viejas como cincuenta casos de desmayos en brazos de sus novios, y de doña Tadea Grajales, una vieja solterona de formas exuberantes que se esforzaba en prensar con cinturones y corsés, enredadora y embustera, por quien se terminaban todos los matrimonios del lugar.

Todos reían y charlaban, se contaban chascarrillos y recitaban versos. Cuando yo llegué, D. Gumersindo el sacristán estaba declamando en tono de sermón de viernes santo, unas *décimas*, color de esperanza muy subido.

Sofía, al verme con los ojos llorosos todavía, soltó una carcajada estrepitosa y con una voz que hizo despertar la atención de todos los presentes, me salió al encuentro con estas palabras:

"No seas bobito, Iván; ¿ estás llorando? ¡ Pobrecito! ¿ No sabes que por los muertos no se llora?; se llora por los vivos .... ¿ Y lloras porque mi madre abandonó esta tierra infeliz y voló al cielo? ¡ Pobrecito!" y diciendo esto, reía, reía, reía.

En ese momento me pareció que la tierra se abría y me tragaba; pero, volviendo en mí del estado de imbecilidad en que me encontrara mientras ella me hablaba, por el asalto que en mi mente hizo un recuerdo feliz, le dije: "Si no es por ella por quien lloro .... es por *Rubí*. Hace cinco días apenas, murió, ¿ no lo recuerdas yá? ...." y salí á escape de aquella casa donde horas tan felices había pasado, resuelto á no volver.

En la calle aún escuchaba las carcajadas de mi novia.

*
* *

Hace veinte días murió el perro y quince que murió mi suegra.

Hoy he visto á Sofía vestida de luto y he pensado al verla, que lleva traje negro por *Rubí* más bien que por doña Luisa. Desde la muerte de ésta, yo no he vuelto á su casa.

Qué me aconsejan ustedes, ¿ vuelvo ?

IVÁN RICHE

HOJAS SECAS

Amo las hojas secas .... A! acaso
Muchas veces las hallo en mi camino,
Las escucho charlar paso, muy paso,
Y al mirarlas tan mustias, tan enfermas,
Pienso que es uno el suyo y mi destino.
Amo las hojas secas .... Me parece,
Al ver cómo susurran y se alejan,
Que son almas de vírgenes que lloran,
Que son voces de niños que se quejan.
Sin fuerzas y amarillas caen del árbol ;
Se desprenden tan sólo con su peso ;
Se saludan cantando en su caída
Y se despiden luégo con un beso ....
¿ Qué si sienten ? .... Oh, sí ! yo las he oído
Referirse en secreto muchas cosas :
Por qué un clavel hoy yace desteñido,
Por qué derraman lágrimas las rosas;
Y hasta supe por una ¡ qué indiscreta !
Que una magnolia del jardín vecino
Es muy hermosa, pero muy coqueta.
Hablan de sus recuerdos .... de aquel día
En que al rayo de un sol de primavera
Temblaban en sus tallos, de alegría,
Y al besarlas la brisa pasajera
"Buenas tardes, amigas", les decía.
Después vino el Otoño; hora tras hora
Fueron perdiendo su ropaje verde
Y hoy la anemia implacable las devora.
Son neuróticas .... Tienen sus antojos,
Gustan siempre de sombras y misterio ;
Varias veces sorpréndenlas mis ojos,
Jugueteando en el viejo cementerio.
Y hay alguna devota que prefiere
A los juegos las tumbas, y volando
En las cruces musgosas se encarama ;
Allí entona un responso ó miserere
Y hacen coro las otras de una rama.
¿ Las veis cómo se estrechan ? Se despiden,
Dicen ¡ adiós ! á sus ocultas frondas ....

¡ Ellas tienen también, como yo tengo,
Muchas tristezas y amarguras hondas !

***

Amo las hojas secas .... Es su suerte
Cantar desde que nacen :
Cantando esperan su enlutada muerte
Y cantando en el viento se deshacen.
Y al mirarlas pasar cerca á mi lado,
Moribundas y secas, sin perfume,
Pienso en las almas tristes, sin consuelo,
De aquellos seres que el dolor consume
Y mueren solos esperando un cielo.
Pienso en la niña de cabeza rubia
Que tirita de frío sobre una losa
Mientras la azota sin piedad la lluvia
Y que mañana dormirá en la fosa.
Pienso en las frentes pálidas y ajadas,
En esos labios desteñidos, yertos,
En las quejas amargas del proscrito,
En las viejas reliquias de los muertos.
Y en vosotros ¡ poetas !
Los de los ojos turbios,—soñadores
Que marcháis por el áspero camino
Bajo el peso de todos los dolores.
Y al mirarlas pasar cerca á mi lado
Preludiando su eterna despedida,
Pienso que ellas también, como yo tienen
Prematuro cansancio de la vida ....

RICARDO NIETO

Palmira.—Colombia.

¿.... Y DAUDET?

—¿ Y Daudet ?—me preguntó el capitán Flambeur.
—¡ Daudet !—contesté sorprendido. ¿ Qué Daudet ?
—¡ Quién ha de ser ! Daudet, el autor, Alfonso Daudet.
—Pero, ¿ á cuento de qué me habláis de Daudet ?
—Para saber si está un poco menos *derrotado.*
—¿ *Derrotado ?* ¿ Daudet ?
Pero súbitamente me asaltó el recuerdo.
—¡ Sí, hombre, sí, Daudet ! Ya está mejor de ropa y de intereses.
—¡Me alegro ! ¡ Me alegro ! ¡ Pobre perillán !
Para la claridad de este relato, es preciso,—como diría Ohnet,—volver la vista unos cuantos años atrás.

El tío Flambeur, paisano mío, antiguo capitán, el mejor hombre del mundo, divertido y gracioso, desembarcó un día en París para ver la Exposición de 1889.

La fecha del viaje me evita decir su objeto.

En cuanto sacudió el polvo del camino se fué á verme al café del "Gato Negro", donde tenía mi tertulia, y, abrazándome, me instituyó en su *cicerone.*

Acepté la comisión con regocijo, porque el capitán Flambeur era un alegre derrochador, que sabia gastar con los amigos el dinero que traía del pueblo.

El viejo y simpático lobo marino tenía una manía extraña: conocer á los grandes hombres, á las celebridades.

Le proporcioné cuantas amistades quiso.

En realidad de verdad, los grandes hombres que yo le presentaba no eran completamente auténticos. Pero los camaradas se prestaban de buen grado á la inocente superchería, lo que les valía suculentas cenas y abundantes bocks de cerveza.

— Mi querido Zola, me permitiréis que os presente á uno de mis mejores amigos, el capitán Flambeur.

— Celebro el conocimiento.

Al cabo de un rato:

— Ahí viene Bourget .... Pscht! .... ¿Cómo va? .... Mr. Paul Bourget .... El capitán Flambeur.

— Tengo el honor de saludarle.

Emilio Zola, según creo recordar, lo hacía mi amigo Jorge Moynet, con el que tenía un vago parecido.

En cuanto á Bourget, su pálida fisonomía era representada por un pintor holandés, cuyo nombre he olvidado. Jamás se le vió sereno en dos ó tres años que estuvo en París.

Y así sucesivamente.

Lo malo era que el capitán Flambeur, terrible fisonomista, me ponía á lo mejor en los más grandes apuros.

— Mira, mira, ahí entra Pasteur .... Eh! señor Pasteur, venid á tomar un vermouth con nosotros.

Por lo común, Pasteur aceptaba sin hacerse de rogar.

¡Perdonadme, Zola! ¡Perdonadme, Bourget!

¡Perdonadme, Pasteur! Y perdonadme todos vosotros, literatos, poetas, pintores, sabios, miembros del Instituto!

Un día al amanecer ....

No sé si era que habíamos madrugado ó que todavía no nos habíamos acostado. ¡Cruel enigma!

Un día al amanecer, paseábamos por la plaza Clichy, en la que se levantaba la estatua de Moncey.

El pedestal de esta estatua tiene á todo su alrededor un banco circular de granito sobre el que los vagabundos duermen á pierna suelta.

Uno de ésos, el que tenía el traje más remendado y hecho jirones, roncaba.

El sombrero se le había caído, yendo á rodar á larga distancia. Un sombrero que había sido de moda, pero que estaba cubierto de polvo y

de grasa, que no se podía coger sin mancharse.

En el fondo del sombrero lucían dos iniciales: A. D.

—Mirad, capitán Flambeur, fijaos en ese hombre que ronca ahí.

—¿Quién es?

—Pasmaos .... ¡Alfonso Daudet!

—¡El! .... ¡El autor de "Tartarín de Tarascón"!

—¡El mismo!

—¡Ah! Sí, sí es verdad. El sombrero tiene sus iniciales. ¡Pobre hombre, tan derrotado! Pero decidme, ¿Daudet no gana mucho dinero?

—Sí que lo gana, pero desgraciadamente es un hombre que se emborracha.

—Muy triste es ver á un hombre de tánto mérito entregado á la bebida.

—Sí, sí, muy triste. Pero, para mí, un hombre que "bebe" es un temperamento.

—Decidme, ¿queréis que le despertemos y le convidemos á almorzar?

—Oh! no! Daudet es desgraciado, pero muy orgulloso.

Entonces, muy discretamente, el buen Flambeur sacó de su portamonedas cinco piezas de á cinco céntimos y se las deslizó en el bolsillo al famoso autor de "Sapho".

Yo había olvidado semejante historia, pero me la ha hecho recordar el capitán Flambeur al preguntarme el otro día:

—¿Y Daudet?

ALPHONSE ALLAIS

CREPUSCULOS

Crepúsculo sombrío: entre las nieblas
mueren los arreboles, con la honda
tristeza de la lumbre que vacila.
.... Y comienza á brillar en las tinieblas
de los cocuyos en nocturna ronda
la fosfórica lumbre que titila.

Un ave solitaria, con tardío
revuelo, cruza, del nidal perdida;
tras ella, como negras mariposas,
van desfilando ráfagas de frío
que hacen temblar los cálices; la vida
que se muere .... El silencio de las cosas!..

Crepúsculo del alma: amor que muere!
Soplos desoladores y sangrientos
que brotan del olvido en las congojas,
y entonan su doliente miserere

con la triste salmodia de los vientos
cuando arrastran cadáveres de hojas.

¡ Cómo se queja el alma estando á solas !
En las desolaciones interiores,
al recibir las brisas mortecinas,
doblegan como flores sus corolas
las almas que quedaron sin amores
y que contemplan con dolor sus ruinas ! . . . .

ANTONIO J. CANO

(De *Lectura y Arte.*)

DISCURSO

pronunciado por el Dr. Alfonso Castro en la Velada Literaria que se celebró en Pereira en la noche del 7 de Enero de 1905.

"SEÑORAS, SEÑORES :

No obstante mi incapacidad para producirme con donaire ante un público distinguido, me atrevo á dirigiros la palabra en estos momentos, para cumplir con el deseo de un selecto grupo de caballeros que, guiados por la natural benevolencia de los pobladores de esta comarca privilegiada, me han creído digno de semejante honor.

Comprendo que debiera haberme excusado desde un principio, pero no he querido hacerlo, porque se trata de una fiesta de civilización, de una fiesta de arte, y yo, aun cuando de humilde intelectualidad, soy uno de los más fervorosos amadores del Progreso y de la Belleza. Mi concurso será insignificante, lo sé perfectamente, pero no por eso debo abstenerme de prestarlo, porque considero que todo el que ama á su Patria, debe, en concordancia con sus vigores, ofrendar una ayuda decidida para hacerla marchar por el sendero de la mejoría constante. Y no importa que esa ayuda sea minúscula; porque agregada á muchas otras dará al fin el resultado de un bien excelso; de la misma manera que la suma de los átomos de polvo constituye las montañas, y la aglomeración de las gotas de agua forma los mares.

Además, otro sentimiento me ha movido á tomar parte activa en esta velada, el cual tal vez será motejado por algunos de demasiado ingenuo, pero del que no puedo prescindir, porque alienta en mi alma con el fuego vivísimo de un afecto sincero. Me refiero al hecho de ser este territorio un jirón de la querida Antioquia, algo como un incrustamiento de esa tierra—adonde tienden todos mis anhelos—en este suelo caucano, prolífico y benigno. Aquí veo á los genuinos representantes de la raza de la Montaña, que tiene tan grandes defectos, pero que no por eso es menos amada; aquí está el rudo montañés, que con brazo formidable, se ha enfrentado con las selvas grandiosas de estas

regiones, para abrirles claros, en donde hoy alternan los penachos rubios del maíz, con los inmensos yerbales, comparables á mares de verdura; el pugil minero, que osa revolver las entrañas de la madre tierra, no obstante sus asperezas, para robarle el metal magnífico que con tanta codicia esconde; el garrido domador de las bestias, que ora domeña el potro bravío, de nervios vibradores como descargas eléctricas, ó bien se las ha con el terrible toro, rey de las dehesas, y por sobre todo, luciendo como un astro de pureza, la clásica matrona—nuestro justísimo orgullo—cuyo corazón es un nido de blancas virtudes y de castos amores, y cuyo hogar, el santuario inviolado, donde ella oficia como diosa de la mansedumbre y de la resignación cristianas.

Bastárame esa sola consideración, para hacer un sacrificio mayor que el que hago en estos momentos, para honra mía, y que el que os obligo á hacer á vosotros al solicitar vuestra atención y al pediros que, en pro de mi buena voluntad, disculpéis mi audacia.

He dicho que la presente reunión es una fiesta de arte, y ello es cierto; porque por una parte así lo están pregonando las notas musicales, escapadas de mágicos instrumentos y de privilegiadas gargantas, que deliciosamente conmueven nuestras almas y las hacen disfrutar por breves instantes de una vida intensa y dulce, poblada de ensueños de amor, de recuerdos con frescor de juventud y de ilusiones que tienen la brillantez melancólica y vaporosa de los rayos de luna, y por otra, ella tiene en sí misma una finalidad artística, puesto que se trata de una obra estética, que es al mismo tiempo un tributo. Se trata de que luzca en la plaza Victoria de esta ciudad, el busto en bronce del Mariscal Jorge Robledo, el gallardo guerrero que conquistó este suelo y arrojó á los surcos, abiertos por su voluntad tenaz, las semillas de la civilización.

La idea es plausible en alto grado, sobre todo por el contacto que tiene con el Arte. Su realización es un paso que esta sociedad da en la vía del progreso; porque no hay un motor tan potente como aquél para eso de hacer avanzar las colectividades humanas hacia metas nobles, dignas de seres que merezcan las prerrogativas de la racionalidad.

Así lo está demostrando, con claridad innegable, la historia de todos los pueblos y el culto que se rinde por doquiera á los artífices del verbo, del cincel, del color, del sonido, á los grandes ungidos por el genio, en una palabra. No es aventurado decir que puede medirse el grado de cultura de un país por el número de artistas que cuente en su seno y por el número de bellas obras que pueda exhibir. Es indudable que las naciones que han dado hombres del porte augusto de un Shakespeare, de un Göethe, de un Cervantes, de un Víctor Hugo, de un Miguel Angel, tienen que ser las porta-estandartes de la humanidad, porque la floración de semejantes iluminados en su suelo, implica un grado de perfección máxima en la escala del sentimiento y de la idea. Si los Estados Unidos merecen algún respeto, no es por sus formidables acorazados, dispuestos á romper contra los débiles, como los trabucos de los salteadores de caminos; ni por sus grandes ferias de plebeyas emanaciones, donde se comercia con las honras ajenas como en los tugurios de las celestinas, sino por haber dotado al mundo

con el cerebro radiante y creador de un Edgard Poe, que supo descubrir en el lenguaje las más bellas é intensas palabras, reveladoras de lo tétrico y de lo extraordinario ....

Y es que el Arte lo puede todo. Sublima y embellece cuanto toca, como las varitas mágicas de las hadas benéficas, haciendo que aun lo más repulsivo, por su influjo misterioso, adquiera tonalidades atrayentes y raras, que lo hacen deleitable á los sentidos. Desbroza los espíritus, quitándoles sus arideces, sus rusticidades y hasta su ingénita malevolencia, para tornarlos refinados, amorosos y buenos. Dulcifica y acrecienta la vida por el cúmulo de gratas emociones con que hace vibrar nuestros sistemas nerviosos al regalarnos con la contemplación de sus obras selectas. Pone alas á nuestros corazones y los echa á volar en busca de grandiosos ideales, que son los que iluminan las horas negras de la existencia y hacen que el hombre no sea una bestia repugnante llena de vicios y pasiones mezquinos. Une, como con cadena de rosas, por eximio poder de sus creaciones, aun los ánimos más díscolos y rebeldes y los hace disfrutar de una paz y de un bienestar que no se encuentran sino en las serenas alturas en donde impera el alma. Canta y revela la existencia de ésta haciéndonos por eso amable la vida y obligándonos á desdeñar nuestra carne pecadora y enferma, cuyos goces son simples sufrimientos disfrazados, que á la menor provocación enseñan la garra destructora. En un palabra, es sacro Jordán, en cuyas ondas se transfiguran los seres y por lo tanto la humanidad.

Pero, me diréis vosotros, en síntesis ¿qué es el Arte? Y francamente, no podré contestar á tal pregunta, porque no quiero cometer la vulgaridad de daros una de esas definiciones estultas que menudean en los manuales de retórica.

El Arte se siente pero no se define. Sucede con él lo que con la Belleza, cuya realización es su objeto, que el entendimiento y la sensibilidad, al contemplar una de sus puras creaciones, se conturban deliciosamente, sin que pueda decirse de un modo preciso, cómo y por qué se ha efectuado semejante fenómeno. Se siente el Arte en el poema vibrante de pasión, de versos armoniosos, que tienen tenuidades de suspiro y fuego de labios expertos para el beso, y donde el poeta ha vertido esencia de su alma intensa al celebrar las gracias de su amada y las excelsitudes del amor. En el bloque de mármol, convertido por un vidente del escoplo, en estatua de trazos impecables, llenos de silenciosa animación, donde el artista ha puesto un estremecimiento de vida, un jirón de su propio sér, que allí se ha congelado como el último gesto de un cadáver. Lo perciben nuestros ojos en la tela manchada por el pincel, que al derrochar y combinar colores, parece movido por un soplo de la Divina Boca que lanzó el supremo *Fiat*, á juzgar por los fragmentos de naturaleza que copia, es decir, que crea. Se nos entra por los oídos en las notas de las bandolas, que al pie de la ventana murmuran á la novia frases amorosas, llenas de infinita ternura; en los sollozos y ayes del violín, que siempre se queja como una dulce mujer atormentada; en el estrépito de las músicas bélicas, que guardan reminiscencias del tronar de la fusilería y del silbar de los proyectiles, al mismo tiempo que nos hacen suspirar por los campos de batalla en donde se

muero con gentileza.... En una palabra, el arte está en dondequiera que la Verdad, la Armonía y la Expresión andan mezcladas, en íntimo consorcio, por uno de esos visionarios que llevan en el cerebro algo de lo que los griegos llamaban *entelechia*.

Según eso, no es como lo piensan las gentes de cerebro rudimentario, un mero pasatiempo, una frivolidad bonita, que puede dejarse de un lado sin que su no existencia afecte en lo mínimo las sociedades. Hay que tener en cuenta que, directa ó indirectamente, tiene íntimas relaciones con el Bien. porque, como yá dije, eleva los espíritus á cumbres augustas, haciéndoles cobrar aversión profunda por todo lo prosaico, lo plebeyo, lo mezquino, y despertando en ellos ansias redentoras por una perfección suprema. Además, es lo único que puede dulcificar las acritudes y domar las tristezas de la vida, que de por sí es amarga y dolorosa. Por lo tanto, debemos procurar su desarrollo y prosperidad, que es asunto de capital importancia, si no queremos morir aplastados por las crecientes olas de la detestable vulgaridad y por los halos corrosivos del tedio.

Para vivir es preciso ser un poco artista. Todos los actos de la existencia, aun los más insignificantes, pueden ejecutarse con la misma donosura y delicadeza con que una dama elegante adereza su tocado de baile, es decir, con arte. La gallardía no excluye la fuerza, y por eso, aun en las múltiples peripecias á que nos somete la lucha diaria en busca del mendrugo salvador, debemos adoptar siempre actitudes irreprochables como las de los nobles justadores de los tiempos medioevales. Hasta para caer hay que tener gracia......

Pero....no pensemos en caer; pensemos en ascender siempre por cuantos medios dignos estén á nuestro alcance. Seamos conquistadores indomables, fieros, al estilo de Jorge Robledo; pero no conquistadores de hombres, que no es el caso, sino de la tierra exuberante y magnánima que ha de darnos el pan de cada día. Batallemos como él, sin tregua, con bravura, pero no esgrimiendo tizonas ni arcabuces, que suprimen la vida, sino armándonos del hacha, del arado, de la pica, que con sus golpes duros, riman el gran poema de la fuerza redentora y creadora. En fin, luchemos sin descanso para engrandecer esta Patria desventurada y cara, y así ponerla á cubierta de las pezuñas formidables de los grandes patanes del Norte .... La hora es propicia, porque en los senos del firmamento fulge la estrella de la paz.

He dicho."

EL JAGUAR

(Leconte de Lisle.—*Poemes Barbares*)

Bajo el lejano velo que las montañas viste,
En espumantes ondas la luz caer parece,
Se alarga la tiniebla sobre la pampa triste,
Que al soplo de la tarde sus senos estremece.

De estanques erizados de yerba espesa y dura,
Del árbol, de la arena, de las rocas erguidas
Surgen, ruedan, se esparcen por la inmensa llanura
Vagas voces siniestras, del sol desconocidas.

La luna, que rodeada de vaporoso encaje
Fulgura, á las orillas de sosegado río,
Hace, al través del dombo tupido de follaje,
Lucir de los caimanes el recio dorso frío.

Los unos, arrastrando sus moles con pereza,
Hacen crujir, hambrientos, su férrea dentadura;
Los otros, como troncos de rígida corteza,
Se tienden, entreabriendo su enorme boca oscura.

De un árbol gigantesco bajo la sombra helada
Aspira, estremecido con ademán atento,
El cazador hermoso de fina piel manchada
Los hálitos de carne que vagan en el viento.

Recoge el ágil cuerpo sobre su remo fuerte,
Los dientes y las garras á preparar empieza
Para rasgar las carnes en su labor de muerte,
Y con zarpazos fieros el árbol descorteza.

Meneando en espirales la cola cual serpiente,
Con bruscas sacudidas azota el ancho tronco,
Después sobre las patas se tiende suavemente,
Y al respirar produce sonido grave y ronco.

Mas luégo calla y queda como petrificado,
Oculto entre las ramas, inmóvil y anhelante,
Un toro de las pampas, corriendo acelerado,
Se acerca, altos los cuernos y la nariz humeante.

Avanza....mas de pronto se pára con recelo:
Sobre un cercano tronco mira brillar, atentos,
Clavados en su carne que se convierte en hielo,
Dos infernales ojos, cebrinos y sangrientos.

Y débil, vacilando sobre sus patas yertas,
Se agita tembloroso, y adolorido muge
Cuando el jaguar, del fondo de ramas entreabiertas,
Surge y le agarra el cuello con poderoso empuje.

La víctima, cediendo, se inclina, con las astas
Roza la tierra al golpe desgarrador y fiero;
Pero después, furiosa, por las llanuras vastas
Corre, llevando á cuestas al rudo caballero.

Y por la arena móvil, amontonada en duna,
Por valles y peñascos, con galopar violento,
Cruzan, á los plateados fulgores de la luna,
Ebrios, uno de sangre, el otro de tormento.

Y caen en lo más negro de aquel espacio inerte,
Do el horizonte vibra, sobre sangrienta alfombra,
Y en el silencio triste de la noche y la muerte
Se hunden los sordos ruidos que vagan en la sombra.

LAURENTINO CANAL

LOS VENCIDOS

De mi libro *Sensitivas.*

Bajo el sombrero negro y grasiento en que los años y las faenas inclementes habían amontonado el residuo de mil sudores, el rostro descuidado del viejo minero taciturno se mantenía contraído por aquel gesto brutal y torvo que al fruncir el hirsuto repliegue de sus mejillas descarnadas daba al anciano la actitud hostil de la suprema misantropía.

Se adivinaba un abismo inllenable entre aquella alma y el espíritu analizador que la abordara.

Se sentía detrás de esa faz atormentada toda la angustia indefinible de los odios mortales que no estallan, el tenebroso delirio de las impotencias que luchan y se rinden solitarias en el misterio del sér.

Hubiera querido él, seguramente, emplear la energía tenaz é indomada de sus brazos secos en despedazar algo aborrecido, así, con la bestialidad de su duro horadar en los peñones, con el atlético valor que tiende los músculos bajo las piedras de la montaña, en cuyo corazón de antro, sonoro, glacial é inmóvil, esgrimía él, hacía tántos años, el pico de acero, inexorable, famélico, con sus brillos metálicos de lívido furor, que mordían la roca febricitantes, temblorosos.

En la confusa media-luz del socavón, acompañado únicamente por la enferma lamparilla, su pupila se iba dilatando formidablemente fría, aguda y sutil, radiosa y furibunda á veces, encapotada y traidora en ocasiones, como un enigma negro, como una amenaza pavorosa templada á la fantástica luz de la cueva ingrata, allá, bajo la jiba colosal de la sierra, entre la noche del trabajo, junto al filón esquivo que culebrea, y se retuerce, y se evade, y engaña, y se adelgaza, y se pierde por fin, semejante al cuerpo de un lagarto aplastado en cataclismos ignotos, más lejos de la historia, entre las tormentas del fuego y de la lluvia, cuando las fatigas creadoras del cielo y de la tierra.

El agua cenagosa y el lodo al caer sobre sus cabellos les habían desteñido poco á poco, y algo de aquella impureza quedaba allí. No era la blancura majestuosa de las cabezas canas lo que coronaba la frente maltratada del viejo adusto; era un gris pálido, sucio, sombrío como

el color de un óxido, repulsivo como el pelaje crinado y recio de un animal revuelto en el pantano.

Su dispareja dentadura ennegrecida por la vejez y el tabaco, se veía á veces comprimiendo el labio, y era eso una mueca dolorosamente maligna, un esfuerzo manifiesto para encadenar el gruñido tremendo que se rompía silencioso en su garganta.

Así, con la pupila agrandada y tenebrosa, con la barba escueta, con la tez descolorida bajo la claridad mortecina de la lámpara, compañera melancólica, vacilante, inquieta y rojiza como un ojo colérico de la sombra, el rostro taciturno del viejo minero se comprimía bajo la gorra grasienta en que los detritus de mil sudores habían sido amontonados por los años y las fatigas.

***

Es aquello el refugio glacial de todo lo espantoso.

Entre la mudez sombría de esa profundidad se derrumban los deseos y se petrifican los anhelos de los héroes obscuros.

El alma ya no vuelve á querer ni á soñar; la boca que no interroga acaba por cerrarse como una cosa inútil y no sirve después á la palabra; el oído se atrofia, sordo á todo ruido, á todo cariño; las espaldas azotadas por una lluvia inclemente tiritan desnudas, olvidan el hogar y el reposo, y se deforman; el busto se contrae, degenera, sudoroso y tenso á veces, agobiado siempre por el contacto del granito que pende encima, monstruoso, siniestro, insacudible, en actitud de desafío, inminente y sin corazón como el Destino; la cabeza se inclina, se humilla ante la árida mole, pierde su energía, su dominio, su inquieto gallardear entre el día, y se somete entre el seno del gigante que podría molerla con sola una parte de su armazón potente, secular, estupenda; las piernas se encorvan, rígidas, huesosas; el pecho aprende á economizar oxígeno, y enjuto y parco no vuelve á respirar á pleno pulmón el aire de los vivos.

La atmósfera es densa y se mantiene saturada de combustiones; el humo de la lamparilla forma una bruma que se entra á la garganta, y aprieta y estrangula; el calor desaparece, la fuerza se multiplica, el sudor inunda, la chispa fugaz y verdosa del guijarro herido salta y se extingue; el golpe del martillo y del taladro sacude con bronca vibración las paredes angulosas del subterráneo; la carne se hiere, el cuerpo flaquea, los amores se aniquilan, el alma se abate........y detrás del trabajador, borrosa, informe, temulenta, su propia silueta danza, se estremece, se agiganta, en aquella penumbra de abismo y de muerte que se extiende por dondequiera descolorida, sepulcral, medrosa.

Allá por sobre toda esa miseria, entre el aire y la vida, hay seres indiferentes que ignoran esa cima, hay corazones amantes que deliran, juventudes que ambicionan, esfuerzos que se depuran y aquilatan, salones abrigados que acogen, lámparas de porcelana que derrochan claridades, alcobas calientes y mullidas que acendran purezas, medias-luces discretas que provocan, teclados que cantan, teclados que ríen, manos amorosas que se enlazan en los crepúsculos, timideces que se despiertan, mujeres apasionadas que acarician, oraciones, arrullos, ternu-

ras, plumajes como la floración de los veranos, árboles protectores como techos, techos y fuego, mariposas y flores, lontananzas y horizontes.....el mundo y la vida multiformes y atractivos; los cielos y las tardes serenos y luminosos!

La melancolía de la cueva lo maltrata á uno, y el grito de pavor se escapa inconsciente como una protesta.

Bajad á uno de esos antros, y veréis ocultarse, maculados y cobardes, los perfiles de esos reclusos que talvez os aborrecen.

El oro brota de allí como la concreción de las fiebres profundas, pero se escapa rebelde, se resiste y se deja arrancar tan solo cuando ha sucumbido la suprema contorción, cuando se ha fatigado el último músculo.

La pala chirría estridente en la arena; el ruido externo se ahoga en la garganta del laberinto; la madera exhala acres olores de corrupción, y las aristas filudas que dejó el explosivo erectas, lastiman la mano que las busca desatentada en el vago tinte de aquella brumosa soledad.

Cuando ha caído la tarde, cuando en la boca tenebrosa de la tronera llama la voz del rudo compañero, se suelta la herramienta que conserva algún tiempo el calor del brazo, y entumecido y triste, con los muslos desfallecientes, con los lomos adoloridos, hosco y callado, llega el minero junto á la leña seca que arde y humea sin abrigo, en cuya ceniza se tuesta una mísera piltrafa de carne magra que no sacia.

Después....las lluvias torrenciales y terribles, las gélidas inclemencias de la noche, las convulsiones de los elementos sobre la tierra, esa tierra cuyas entrañas duras es preciso cavar, cavar siempre, esa tierra que no tiene en la superficie para ellos sino inviernos y tempestades.

Tendidos, yertos, inanimados, sufren la vigilia interminable en que el hambre y el delirio triunfan de tántos, y tiritan obstinadamente solitarios, ó se aprietan anhelosos al cuerpo de la pobre compañera que tampoco tiene calor, y revuelven la hilacha mugrienta de lana que los cubre, y muerden crispados la almohada...y sollozan á veces también!

¡Los miserables!

Y sin embargo envejecen así.

Se marchitan sus nervios y se tuerce su cuerpo, pero pasan las horas y los años, y se extinguen los soles y las tardes con sus pompas extrañas para ellos, sobre sus cabelleras ruines que no emblanquecen.

Se agrandan los ojos, raros y fríos, deslumbrados y casi traidores.

Se destiñe el cutis bajo la rojiza claridad de la lámpara, compañera vacilante y melancólica.

Se perfila el rictus, huraño, torvo, como el de aquel viejo misántropo y taciturno, siempre contraído bajo el negro sombrero en que los sudores, los años y las fatigas habían dejado sus huellas indelebles.

***

José Mariano había amado alguna vez.

Era allá en su juventud donde aparecía, como un astro perdido

entre las ruinas del pasado, ese recuerdo inaccesible.

Ahora le veía él en el otro lado de la distancia de los tiempos, irremediablemente muerto ya para su espíritu, pero aún esplendoroso, como una flor de fuego.

En lenta procesión por su memoria iban sacudiendo el ropaje helado, temerosas del olvido, las figuras redivivas de seres perdidos.

Allí asomaba su madre, la anciana paciente y resignada que se había tragado la tumba en hora de brutal abatimiento, y atormentadas aún las fibras de su espíritu doliente, sentían el paso de esa mano cariñosa, que surgía del pasado, halagadora y tierna.

Allí, desvanecida y pálida la imagen triste y vaga de su mujer, evocada por su huérfana imaginación, se formaba de pronto, haciendo palpitar en torno á su cabeza, fugitiva é incoersible la melancolía de esa época que se quedaba atrás irreparablemente abandonada.

Aún guardaba la mirada de la esposa ausente, la llenadora expresión de femenil agasajo que antes apacentaba el brutal ardor de su cuerpo titánico.

Estaba suplicante y humilde como entonces.

Alguna vez su mano se extendía en el lecho para asir la protectora figura de la muerta, que triunfante del sepulcro venía á acompañarle, y luégo súbitamente enternecido fuera capaz del perdón humano.

Pero después, atónito, su pensamiento volvía á hundirse en el lodo de su propia desgracia, sucio como el que iban á amasar al nacer el día sus dedos macilentos.

Su imaginación, atormentada por la obsesionadora reminiscencia de las cosas idas, se rehacía con nuevo vigor y con nuevo odio, y entonces detestaba otra vez él hasta la desesperación á la vida y á los hombres.

Tan sólo eran debilidades de un momento.

Ahora era preciso pensar en el presente.

En el salario mezquino, en la ambición del patrón que se quejaba á cada paso, en el desprecio, ese desprecio atroz que pesaba sobre su cuerpo deforme más que los bloques de granito arrebatados audazmente á la montaña; en el filón que acababa de destrenzarse, negro y revuelto, como las hebras de una cabellera de gigante, y que ahora, infecundo, pantanoso, carcomido, se negaba á pagar.

Había qué idear la dirección que debiera tomar el taladro, para asir otra vez el cuerpo escamoso y metálico de aquella serpiente de piedras que quería escurrirse en las entrañas mudas del planeta.

Había sobre todo qué meditar en el medio de procurarse algunas ropas y de conjurar algunas tristezas de las muchas que le abrumaban.

Vendería quizá para eso á Píramo, el enorme perro negro que subía la lengua calurosa á lamer blandamente sus lomos desnudos, cuando soltaba el trabajo.

Era un robusto can, melenudo, de hermosa cabeza inteligente con sedosas y largas orejas, una mirada inquieta y casi consciente, unas muñecas sólidas, unos colmillos ebúrneos y mansos, una boca ancha, jadeante, tibia, que soplaba su aliento de vida en las carnes entumecidas por el cierzo.

Era una bestiaza crespa, mimosa, humilde, que se enroscaba en los pies como una piel informe y lustrosa.

Venderlo! y qué remedio!

Echaba así un harapo más sobre su dorso, y compraría, por otra parte, una cosa que era preciso entregar sin demora: un pañolón. Pero llegaba aquí precisamente lo formidable.

Su pensamiento no quería volver á tocar *eso*, se escapaba medroso de la vorágine que le atraía.

Mejor, mil veces mejor hubiera sido sufrirlo todo, lastimarse en las consideraciones más extremadas de su pobreza; caer inanimado bajo un trozo de roca, tiritar siempre, siempre desamparado, consumirse en el odio que le provocaban los hombres; mejor, mucho mejor, sufrir de esa manera, que detenerse un momento siquiera á medir la profundidad de la otra tortura, la que volvía implacable tras de cada divagación.

Su hija!

Mercedes!

Esa muchacha á quien llamaban por allí en són despectivo *la Mariana*; ese pobre sér indefenso, inocente, amado y unido por modo indisoluble á la rastrera vida de su miseria!

Y qué le importaba á él solo odiar y sufrir, luchar y caer, gemir y envilecerse!

Qué importaba pasar una existencia miserable, encorvado y roto, famélico y soñoliento, si fuera él solo, si callara él solo, si solo sucumbiera y solo penara!

Pero ella! La hija adorada á quien no se quiere ver mendigar, ni padecer, ni vender tampoco la gracia juvenil que persiste en su cuerpo.

Ese pedazo del corazón, de un corazón encancerado que llora y maldice y fulmina la venganza del deseo criminal sobre las cabezas de los amos; esa muchacha cándida, sana, ardiente, que acababa de sentir la primera palpitación de fuerza en sus formas; esa niña hondamente idolatrada para quien no había podido dulcificarse sin embargo su *semblante*, maldito por la sombra; ese retoño de su carne, en cuyos labios recién maduros vagaba una sonrisa picaresca y ardorosa, en cuyos ojos despuntaban vagamente la tristeza y el amor, tras de cuyos hombros surgían y se agitaban protectoras las manos de la muerta que conseguían vencer el tiempo, la tumba y la distancia....!

Vendrían después años más negros, los años del cansancio, cuando ya se hubiera apagado por completo la savia de sus venas, cuando no pudiera mover el mango de la pala, y entonces dejaría su labor, y su labor le dejaría á él, rezagado como todo lo inútil, convulso y ciego. Pasaría á ser la *cosa* improductiva, la boca pedigüeña y necia que no se costea, el inválido desalentado con quien nadie quiere cargar.

Pronunciaría la lengua del patrón la sentencia de despedida, y entonces saldría del hueco ni más ni menos que un canto inanimado, como un montón de basura que la carretilla saca y abandona entre los despojos del trabajo. Entonces otros más jóvenes ocuparían su puesto; empuñarían el martillo manos más expertas; peones más diestros ras-

trearían el escondite codiciado. Entonces su senectud necesitaba caer como un fardo en la débil mujer que no podría ó no querría sostenerlo.

Iba á verla abnegada hasta el martirio agostarse en bárbara faena que chapara como un murciélago su sangre generosa, y no podría ayudarle; ó iba á dejarla partir, indolente, ingrata, y entonces, sin poderla detener, su cabeza helada y vencida se inclinaría rebelde en el callado desconocido de la tumba, nimbada por la pavorosa aureola de las tristezas inconsolables, como una flor enmohecida sobre el hielo.

Y luégo, nadie se la quería! La Mariana, sacada talvez de la cueva, engendrada quizá por la infamia, era para el mundo una bandolera sin cuna, á quien se hace mucho honor en tener por criada, una hembra vil y abyecta por quien se cae en despreciable locura comprándole un beso.

Se inclinaría ella, con los ojos pensativos incendiados por la fiebre del anhelo, con toda su carne estremecida y dominada, mudamente, castamente, humilde y temblorosa, desde un escondite, á contemplar á los hombres que pasaban.

Sería una más entre las pobres mujeres sin dueño.

Y entonces para qué la recogida emoción con que él había tocado el cuerpo de la esposa difunta, la tímida caricia prodigada en el desvelo, el puro afecto con que alimentaba sus amores, si eso era despreciado por el mundo, si la hija de esos éxtasis quedaba proscrita del comercio humano!

El la había nutrido y confortado entre sus rodillas, espiando la manifestación tardía de su inteligencia, entibiando su manecita raquítica contra su propio pecho, surciendo las desgarraduras de sus ropas con sus propios andrajos.

El la había visto abrirse, desperezarse, crecer, como un plumón entumecido que se despierta, meditar y plegarse pudibunda como una sensitiva que se aduerme.

Para él eran sencillos, escultóricos, su cuello y sus caderas y bellamente tenebrosa su cabellera larga.

Y aquellas tres mujeres que él había amado, aquellas tres almas que le acompañaran, aquella trinidad de seres, única para él en todo lo humano, trasmigraban y se unían dentro de ese botón inocente, predestinado por suerte aterradora á la servidumbre ignominiosa de vivir.

*
* *

La mañana en que José Mariano descubrió que su perro estaba enfermo, fué nebulosa é invernal.

Píramo por la primera vez dejó de aguardarle en las tardes y había huído.

Era su cabeza lo primero viviente y cariñoso que se veía, pendiente allí, en la huronera, contemplando con ojos atónitos aquella profundidad que se tragaba á su amo por las mañanas y le devolvía á la escasa luz de la oración, tiritante, sombrío, cabizbajo.

Pero tres veces la claridad del crepúsculo encontró el precipicio sin su anhelante centinela.

Al fin volvió el perro ese día, espeluznado, polvoroso, las orejas

colgando en inanimada lasitud, los ojos inyectados é iracundos, el rabo caído y el cuello inflamado, los colmillos de feroz blancura descubiertos, el labio anchísimo, sediento, teñido de un livor violado de fiebre.

Estaba terrible.

José Mariano tuvo miedo al encerrarle.

Esa noche, el viejo no pudo dormir.

La esperanza de la venta fracasaba también.

Aquel dinero dolorosamente salvador tampoco caería en sus manos; su hambre crecería despiadada en tanto que el filón hubiera huído; los hombros descubiertos de Mercedes no podrían salir de la choza infeliz ....!

Qué hacer ?

Robar ?

Bueno ! Adónde ? ....

Pedirlo prestado ?

Y quién lo prestaría, mejor, quién lo hubiera de regalar puesto que la devolución era imposible ?

Iban á decirle petardista, perezoso, bribón; le mandarían á trabajar para comer y vestir. ¿ No estaba aún fuerte, no era capaz todavía de ganar muchas monedas ? Pues al hueco, á buscar el oro, á perseguirle hasta perder las uñas escarbando.

Gran Dios !

Qué hay en el fondo de los cielos, que tiene entrañas secas como el pedrón compacto ?

No le escuchaba !

Estaba impasible ante sus quejas, glacial sobre las gotas de su llanto !

Pensar .... oh, no, eso no !

Es inicuo y despiadado ese jinete del cerebro !

Tener un fragmento de mineral dentro del cráneo, no volver á sentir, aunque no se vuelva á amar .... eso .... eso sí ! ....

De pronto, por el espacio sereno de la noche, subió retorciéndose entre la sombra un ahullido gemidor, violento, raudo, del pobre can enfermo.

José Mariano sabía lo que era hidrofobia, y convencido de que su animal iba á sucumbir quiso aliviarle sin embargo.

Se levantó, á tientas, animó el fuego reconcentrado á esa hora como las pasiones ocultas, buscó una vasija, la llenó de agua y se dirigió á la guarida de Píramo.

Allá en el fondo, el cuerpo del bruto, como un pedazo de la sombra cuajado y vivo se estremecía, convulso, hecho una bola, jadeante, sitibundo, atormentado.

A la vista del agua su pupila perdida fulguró ansiosa.

Abrió la boca, incorporó el cuello, extendió las muñecas, sacudió las orejas, volvió á estremecerse delirante su mirada, tuvo todo el incendio de la fiebre, y se lanzó, erizado, felino, horrendo, sobre el hombre.

Los colmillos crujieron y se enterraron en la carne desnuda del

brazo, la columna dorsal se encorvó monstruosamente, la mandíbula quedó apretada, tenaz, inerte, sobre su presa palpitante.

A la confusa luz del hogar, los dos, luchando abrazados, cuerpo á cuerpo, puñetazo contestado con tarascada, estaban tenebrosos:

Por la mañana, en el umbral del tugurio desmantelado, en cuclillas, sudoroso, sollozante, junto al cadáver del perro estrangulado, estaba un hombre de cabellera gris, color de óxido, semejante al pelaje recio y crinado de un animal revuelto sobre el cieno.

Y gemía, cobarde y sangriento!

*
* *

En las espaldas de la pobre Mercedes no cayó ese año tampoco el pañolón.

El dinero faltaba, la escasa ración de carne fué reemplazada por algunas hortalizas groseras, las mejillas se descoloraron, el frío del invierno pasó inmisericorde sobre la piel, la lama y la humedad en verdosa invasión ganaron los cimientos, el suelo entrapado era una pasta, el lecho escueto una tabla, la despensa desprovista una sucia alacena, el fogón casi siempre extinto un montón de cenizas, el techo estaba hendido, el agua se escurría entre la paja rota, el humo campesino andaba ausente.

José Mariano salió para siempre del socavón.

Una mañana le encontraron los mineros tendido sobre su pico, desencajado, lívido, crispando las quijadas en movimiento de rabia, el ojo brotado, la sien hundida, el aliento estertoroso, el pecho agitado, los dientes ennegrecidos por el tabaco y por los años desguazando con fastidioso chasquido un guijarro, y las manos enterradas en el polvo, en actitud de quien se abraza á un enemigo ideal.

Después, las noches de fiebre desesperada comenzaron á rodar encima de él, y acurrucado y lloroso, sin cobija, sin alimento, sentía la sombra de su hija allí muy cerca, ó la escuchaba sollozar ....

Ahora ya entre su sueño la miraba rondado por las calles, con el pecho y las piernas al aire, escuálida, aborrecida, miserable.

Su mirada húmeda no despertaba en los hombres caridad, en esos hombres que había qué odiar en tanto que una gota de sangre envenenada corriera bajo la epidermis contraída en terrible escalofrío.

¡ Su madre, su mujer y su hija reunidas en una sola mendiga que expiaba el crímen de ser pobre !

Maldición !

Ya su pensamiento fatigado no subía á Dios.

Para qué ?

Maldición al Destino que descarga cobarde su puño en la frente de los débiles !

Y luégo .... salvarla !

Ah ! ....sí, salvarla; no dejar que diera un paso más hacia el abismo en cuyo fondo se revuelven las caídas; no permitir que saliera de la cabaña jamás, no, jamás !

El viejo delirante la llamó.

Erguido, austero, voraz, hidrófobo, domó su frenesí y apareció un momento trágicamente solemne.

Vén acá ! ordenaba.

La muchacha vaciló irresoluta, medrosa y compasiva, pero hubo de acercarse al fin á aquel anciano cuya mordedura era fatal.

Hubo un grito ahogado de terror, y luégo vagidos entrecortados, confusión de miembros que se encaraman, y batallan, y resisten, crujido de dientes afilados que acechan, y caen, y se hunden.

El dorso del rabioso se destacó arqueado como el de un gladiador que acaba de abatir; las manos amarillentas color de cera apretaban con nerviosa convulsión una garganta, y entre las mandíbulas férreas, violentas, musculosas, aparecían humeantes jirones de carne roja, blanda, animada, pedazos de tegumentos teñidos como pétalos, fragmentos purpurinos de pecho y de brazo que no habían expirado aún ....

***

Y allá va por entre la polvorosa estela de las brisas crepusculares, tembloroso y febricitante, hambriento y frenético, el padre de la Mariana, llevando en la mirada encendida la hoguera del odio brutal, como un tigre herido, como un vengador inexorable.

Su cabeza vacilante delira siempre y quiere destrozar.

Una lluvia de piedras le persigue, una bandada de niños le provoca juguetona y se desperdiga, una mujer que pasa rememora la trinidad de seres que iluminó su vida.

Es un vencido de la suerte y morirá hidrófobo.

¿ No has visto tú, la Inviolada, pasar ante tu ventana en las horas lluviosas que comienzan á doblegarse entre la noche, muchos mendigos pálidos que se mueren de inanición y de tedio, muchos rostros desconocidos en que se advierte la silenciosa tiniebla de la melancolía sin fin ?

Son las víctimas exangües del desdén y del hastío.

Jamás sonríen y están ensombrecidos por el luctuoso negror de odios que no estallan, de impotencias terribles y blasfemas que se rinden solitarias en el misterio del sér.

Para ellos la ternura limpia de tus ojos divinos.

Entonces no tendré celos. Yo te llevaré un día allá, á la boca estrecha del antro mudo en cuyo seno se fatigan los titánicos señores de la soledad y la negrura.

Brota de allí como la fiebre de los abismos el oro de las monedas y ha salido el que brilla en tus dedos convertido en la rubia filigrana de tus dijes.

Yo te mostraré esos héroes ignorados que empuñan hoy el taladro abandonado por el brazo de José el padre de la Mariana.

Y tú sabrás compadecerles, alma mía.

F. RODRÍGUEZ MOYA

MELANCOLIA

Del otoño el monótono gemido
Cae en el alma enferma y la acongoja ;
La postrera esperanza se deshoja ;
El ensueño, llorando, se ha dormido.

La ilusión, como pájaro aterido,
Quiere volar, y salta de hoja en hoja,
Pero lleva una flecha en su ala roja
Y pugna en vano por alzarse al nido.

La niebla gira en remolino lento....
¿ También tiene su otoño el pensamiento ?
¿ Tienen, también, los sueños su agonía ?....

Ah ! pobre corazón desesperado,
Quién te diera la muerte del soldado
En el atardecer de un bello día!

LEOPOLDO DÍAZ

JUEGOS FLORALES EN MEDELLIN

La última entrega de *Lectura y Arte* que hemos recibido (números 9 y 10) puede considerarse como uno de los esfuerzos mejor compensados de los artistas antioqueños. Allí están los domadores de la pluma y del pincel y allí también, y no menos artistas que aquéllos, el tipógrafo por excelencia en Antioquia y el litógrafo de fama nacional.

El número 9 está consagrado á publicar exclusivamente las piezas de verso y prosa que fueron premiadas en el concurso abierto por el Centro Artístico, y cuyos premios fueron adjudicados en la plenitud de la hermosa velada con que aquel grupo de aficionados inauguró los Juegos Florales en Medellín.

Hemos vuelto á leer las hermosas y justamente alabadas producciones de Robledo y Cano ; de Vásquez y Montoya Pérez, y ratificamos nuestro juicio sobre el buen acierto del competente jurado calificador, cuya acta corre publicada, después del sesudo discurso con que Luis de Greiff inauguró la fiesta, en el número á que nos referimos. Los retratos de las Reinas de la Fiesta, señora doña Clara J. de Robledo, y señoritas doña Alicia y doña María Mendoza y doña Magdalena Montoya, son generalmente buenos ; en los de los señores premiados, sólo el de Cano (Antonio J.) es un retrato bueno ; los otros, sin ser malos, sí son muy inferiores á lo que Tobón Mejía es capaz de hacer, como lo hemos visto ya. Las portadas, viñetas y cuadros que adornan estos dos números, son de un gusto exquisito y le dan, con la caricatura final — obra de

ingenio manifiesto — un sabor á Revista extranjera, que nos hace aguardar mucho de nuestros pocos, pero buenos artistas.

En muy poco tiempo, es decir, abriéndose paso, en un medio generalmente rehacio á empresas altruistas, el Centro Artístico ha hecho una gran labor, y ha probado que ni su entusiasmo es pasajero, ni flaquea ante la obra emprendida. Opima es la cosecha y será abundante y selecta, si no se desmaya. El establecimiento de los Juegos Florales, cuya inauguración fué un triunfo, como se ve; la grande y solemne recepción de los restos de Isaacs, en cuyo programa representó un lucido número, y por fin, el sostenimiento en sus salones, de Conferencias científicas é industriales, dictadas por los hombres competentes de la ciudad, y de las cuales van ya siete, todas ellas muy notables; todo esto ha hecho que el Centro Artístico se imponga, en cierto modo, por el espíritu progresista que lo anima, en bien de la tierra en la cual labora. Al fomentar el amor á las bellas artes y letras, ha estimulado de nuevo á los viejos luchadores de otros tiempos, y lanzado en la palestra á jóvenes que hoy son ya esperanzas positivas: hé aquí uno de los aspectos más simpáticos de su tarea: la exhibición de gente nueva, siendo como es, un impulsor de los gérmenes estéticos en quien los tenga, á manifestarse en público.

Ya va á ser una realidad la verificación de los segundos "Juegos Florales", en esta ciudad, y el Centro se propone hacerlos con toda la pompa que sea dable á sus recursos, contando, como cuenta, con la cooperación de todos aquellos que han visto fructificar su labor, con frutos que no llevan el amargo de la pasión política, la ambición de celebridad ó lucro, ni mucho menos, la nota misantrópica é indiferente atribuida á cierta clase de artistas. En el próximo mes de Mayo, el más apropiado, no sólo por ser el mes con que más galas se muestra la naturaleza, sino porque él ha sido el elegido por todos los pueblos que celebran esta fiesta, el Centro Artístico, dará cumplimiento á su propósito, pues en ello está empeñado.

Ya en el número 1.° de esta Revista, habíamos dado una somera idea de lo que son los "Juegos Florales". Tenemos á la vista un estudio, harto completo, publicado en el número 13 de *Germinal*, revista bogotana, y suscrito aquél, por el señor Justo Solsona Yofre, de donde extractamos algo que puede interesar, acaso, á los organizadores de esta fiesta. Para no repetirnos, nos limitaremos á señalar lo nuevo solamente, es decir, lo nuevo para nosotros en ese trabajo:

Hace 45 años que los Juegos Florales se celebran en Barcelona. A fines de Noviembre ó principios de Diciembre, se reúne la *corporación* de *adjuntos* y nombra *mantenedores* que organizan, juzgan y presiden los juegos florales. Hay adjuntos numerarios, protectores y honorarios. Son los primeros los que tienen voz y voto en las deliberaciones; éstos pagan una cuota mensual fija, para gastos y para la publicación de los trabajos artísticos y literarios que se premien. Los segundos son aquellas personalidades salientes, cuyo nombre y fama aumentan el brillo de una fiesta ó el buen nombre de una agrupación, y personas ricas, de dinero y corazón, que fomentan y apoyan estas empresas, *por amor* al arte y, en la tercera clase, los Excelentes, Usías & & que

como mandatarios, dan ó conceden subvenciones, costean *los premios* y otras *zarandajas*, y los maestros del Gay Saber.

Las composiciones de verso sobre historia, glorias, usos y costumbres, se premian con el *jazmín de oro.*

Las poesías líricas, religiosas ó morales, con *la violeta de oro y plata.*

Las poesías sobre tema libre, con la *Flor natural.* Estos premios corresponden, respectivamente, á los términos del lema adoptado:

PATRIA, FIDES, AMOR.

Los premiados por tres veces con premios *ordinarios* se nombran maestros en *Gay Saber*, y quedan fuera de concurso por esta distinción. Premios *extraordinarios* son aquellos que regalan los particulares, y cuyos TEMAS señalan los donantes.

Hay el discurso inaugural á cargo del *Presidente*, y el de gracias, para el cual se comisiona una alta personalidad literaria extranjera.

En los primeros días de Enero se hace pública la *Convocatoria* con el cartel de piezas correspondiente, y de todo ello se envían ejemplares á la prensa y á entidades y personalidades literarias. Un *cartel* suplementario anuncia los premios ofrecidos por amantes y admiradores de la *Gaya Ciencia.*

El 1.° de Abril, al medio día, se cierra el concurso y expira el plazo y se publican los títulos de las composiciones recibidas y los pseudónimos respectivos, para que los autores sepan que no ha habido extravío de sus piezas: la fiesta se celebra el primer domingo de Mayo.

Los premios se adjudican así:

El de la Flor natural [honor y cortesía], primero. El premiado da cuenta al Consejo del nombre de la dama de su elección. El poeta, con el Presidente y el Secretario, la conducen al escenario ó trono y se la proclama *Reina de la Fiesta.* Esta va "*ataviada siempre con la clásica mantilla blanca*". Ya en su trono, el poeta ó lo que sea, toma de manos del Presidente la *flor*, y la presenta á su *reina*, ofreciéndosela como cetro: "símbolo de reinado fugaz, pero eterno en los corazones." Hecho lo cual el poeta lee su composición ó hace que la lean. Sigue el premiado con el *Jazmín de oro*; y después el de la *Violeta de oro y plata* repitiéndose el acto primero.

Terminada la fiesta, la reina, tomando el brazo al vencedor y seguida de los mantenedores y dignatarios, es conducida á su puesto primitivo, entre música y aplausos.

En la misma noche, ó al día siguiente, los Vencedores y las Reinas son obsequiados con un banquete, á cargo de los sostenedores de la Fiesta.

"*Los Juegos Florales*" tienen carácter sumamente democrático dentro del buen gusto y de la elegancia; concurrencia culta, seria y hasta severa, porque está en la conciencia de todos que la inteligencia no se mide por el traje sino por la peculiar cultura de entendimiento y por la inspiración de las obras."

Por vía de información y también por si hay aquí algo adaptable á las labores y carácter de nuestro Centro, presentamos este sencillo y enmarañado resumen de los Juegos Florales de Barcelona.

B. TEJADA CÓRDOBA

DE TODO

Por inconvenientes que no nos fué dado vencer, tuvimos necesidad de aplazar un brillante artículo crítico sobre Felipe Trigo, de Don Saturnino Restrepo. El retrato de este asiduo colaborador fué asimismo aplazado hasta el número siguiente, porque esta Dirección desea que ambos luzcan en una sola entrega. Quede aquí nuestra protesta de reconocimiento y de admiracción para don Saturnino, y crea él que las columnas de esta Revista recordarán siempre complacidas su nombre, que las honra.

Prima de "LECTURA AMENA".—Entre los suscriptores de esta Revista que tengan canceladas sus cuentas hasta el número 20, fin del tomo segundo—rifaremos 15 días después de su salida—un artístico cuadro á pluma, del Maestro Tobón Mejía, que representa sendos retratos de Amado Nervo y Joaquín Dicenta. Los agentes tendrán derecho á tantas boletas como suscripciones tengan colocadas. La rifa será presenciada por el Sr. Alcalde de la ciudad, ó persona encargada por él, dos caballeros respetables y el Director de esta Revista.

Anunciamos con tiempo esta determinación, para que los suscriptores de fuera puedan tomar parte en la rifa.

Nuestro amigo y compañero D. Carlos de Bedout, hizo hoy esposa suya á la señorita doña Mercedes Castro. Carlos, que desde su más temprana edad está de lleno dedicado al trabajo activo y constante, y que ha logrado atrapar algunos pedazos del metal esquivo, mereció como premio á sus fatigas, la posesión absoluta de un alma de mujer, jóven y bella, que le sirviera de Rafael en el camino más ó menos amargo y pesado, pero al fin camino, de este vivir monótono.

Empiece, pues, desde hoy, para Carlos—y para ella—una éra de felicidad. Bien conocidos nos son los méritos y virtudes de ambos, para esperar fundadamente que será como sinceramente lo deseamos.

Están entre nosotros el General Ramón Marín y el Dr. Alfonso Castro, procedentes el primero de Marmato, y de Pereira el segundo. Al luchador infatigable para quien es lo mismo el machete del guerrillero que el pico y el taladro del explorador de filones, y para el médico y el artista que quita á la humanidad sus dolores y le da luégo á saborear pedazos de su alma vibradora, presenta esta Revista su más atento saludo de bienvenida.
